

EL SENDERO DE LA FELICIDAD



Por LORENZO MAXWELL

1982

ÍNDICE

CAPÍTULOS

1. El Escondite de Pedro	04
2. Por la Gracia de Dios	07
3. Seré Puro	12
4. Seré Bondadoso	15
5. Seré Leal	20
6. Guardaré la Ley del Conquistador	25
7. Seré Siervo de Dios	29
8. Seré Amigo de la Humanidad	33
9. Observar la Devoción Matutina	37
10. Cumplir Fielmente con la Parte Que Me Toca	42
11. Cuidar Mi Cuerpo	47
12. Tener una Mirada Franca	51
13. Ser Cortés y Obediente	54
14. Andar con Reverencia en la Casa de Dios	61
15. Conservar una Canción en el Corazón	66
16. Trabajar para Dios	70

**Publicado por el Departamento de Jóvenes
de La Asociación General
de los Adventistas del Séptimo Día**

Titulo en inglés: «The Happy Path»

EL ESCONDITE DE PEDRO

Pedro tenía que escaparse por un rato. Cuando uno vive en un apartamento con dos hermanitos y una hermanita, nunca se puede estar solo.

Por suerte, detrás del apartamento donde vivía Pedro, había un bosquecito donde no había edificios. A Pedro le gustaba explorarlo siempre que podía. Un día, encontró un espacio abierto, rodeado por arbustos que parecía que nadie conocía. Era un lugar perfecto para esconderse, leer, soñar o pensar.

Así que terminó sus tareas rápidamente y le preguntó a su mamá si podía salir a jugar.

«Está bien» dijo la mamá, «pero acuérdate de regresar temprano para la cena, Sabes que a papá le gusta comer tan pronto que llega del trabajo».

Pedro no fue directamente a su lugar secreto, había demasiados niños jugando en los alrededores y él no quería que lo siguieran. Así que fue acercándose poquito a poco hasta llegar a la orilla de bosquecito. Entonces cuando se cercioró de que nadie los estaba mirando, se escurrió entre los árboles.

Una ardilla lo vio y empezó a parlotear. Un azulejo lanzó un graznido de alerta. Pero Pedro se quedó inmóvil por unos instantes y los pájaros y animales siguieron con su trabajo acostumbrado.

«¡Ay! ¡Qué fresco!» susurró, «me siento mucho mejor que con el calor de allá afuera». Esperó unos segundos hasta poder ver claramente en la sombra. Luego, dio una vuelta y caminó a su escondite preferido.

Cuando llegó al lugar, dio un suspiro de alivio; nadie lo había descubierto. Siempre tenía temor de que alguien encontrara el lugar y lo echara a perder. Pero estaba exactamente como lo había dejado la última vez, excepto, quizás que la hierba había crecido un poco más alta.

Allí se acostó y fijó la vista en un pedacito de cielo que se veía en lo alto. «¡Qué alivio poder escaparme del amontonamiento de la casa! No es que no quiera a Jaimito y a Julita la bebita, pero, sin duda es bueno no tenerlos alrededor todo el tiempo».

Pedro metió la mano en el bolsillo y sacó un pedacito de papel arrugado, pero cuidadosamente doblado. Entonces, empujando con sus talones, se deslizó hasta quedar recostado contra un enorme roble.

Hacía dos semanas que el señor Pérez, director de los Conquistadores, había visitado la División de Menores de la Escuela Sabática y había anunciado que todos los menores que todavía no eran Conquistadores estaban invitados a unirse al club.

«Eso incluye a todos los menores que acaban de cumplir diez años o han llegado al quinto grado, así como a todos los que son mayores y han llegado a este salón procedentes de otro y todavía andan por allí, sin unirse al club. Vamos a tener una ceremonia grande de iniciación dentro de dos semanas y quiero que los nuevos miembros conozcan y comprendan el Voto y la Ley del Conquistador para que puedan repetirlo con el resto de los Conquistadores esa noche».

A Pedro le caía bien el señor Pérez. Era sonriente y le brillaban los ojos cuando hablaba. Parecía conocerlos todos por nombre. Si no sabía el nombre de algún muchacho, le pedía que lo repitiera hasta que él se lo aprendía. Uno se sentía importante para él. También se ponía a bromear con él y se reía muchísimo.

Pero si alguno de los muchachos se portaba mal, los enderezaba enseguida, hasta los mayores. «Ustedes deben pertenecer a los Conquistadores,» decía el señor Pérez. «Allí lo pasamos muy bien, montamos bicicleta, nadamos, hacemos caminatas, coleccionamos cosas, paseamos en canoa en el río y acampamos».

Pedro saltó y dio una voltereta en el aire. «¡Hurra!», gritaba. «Apenas puedo esperar». El ruido atemorizó a tres pajaritos medio embobados, pero a Pedro no le importó. ¡Estaba emocionado! ¡Los Conquistadores le habían contado tantas cosas que hacían en las reuniones al club y en las actividades al aire libre! Y ahora él tendría la oportunidad de participar en la alegría.

«¡Excepto por esto!» Sus dedos sintieron la hoja de papel arrugado en sus manos. Tenía que aprenderse de memoria y entender el Voto ya la Ley.

Sabía que aprender cosas de memoria no era tan malo. Lo único que tenía que hacer era leerlo otra vez cuidadosamente y repetirlo en alta voz varias veces al día durante dos o tres días, y se lo aprendía. ¡Pero entender! ¡Eso si era difícil!

Pedro volvió a recostarse contra el árbol. Algunas de las partes del Voto y la Ley no parecían difíciles. Pero ese mismo comienzo «por la gracia de Dios», ¿qué significaba eso?

«Gracias» es algo que uno da cuando se sienta a comer. Pero, ¿dónde dice en la Biblia qué clase de «gracia» dice Dios cuando va a comer? ¡Realmente parecía tonto pensar que esa clase de «gracia» tuviera que ver con lo que uno dice antes de comer! Debía ser algo referente a lo que el pastor predicaba los sábados, cuando decía «creced en la gracia» o «que la gracia de Dios sea con vosotros». Sea lo que fuera, Pedro quería entenderlo mejor.

Y luego, en la Ley estaba esa expresión: «tener una mirada franca». ¿Qué querría decir eso? Seguramente no significaba que uno no podía mirar para arriba o para abajo. Nadie sería tan tonto para pensar que eso era lo que significaba. ¿Qué quería decir entonces?

Pedro miró a su reloj. ¡AY! ¡Casi la hora de cenar! Mejor regresaba a la casa.

Seguramente él quería entender mejor el Voto y la Ley. Dentro de dos semanas se celebraría la ceremonia de iniciación de los Conquistadores y él quería sin duda unirse a ellos. Sólo dos semanas ...

Si tú también quieres entenderlo mejor, la Ley y el Voto, de eso precisamente se trata este libro. Es un libro lleno de relatos que te ayudarán a entender lo que significa la Ley y el Voto. Mientras lo lees, espero que la gracia de Dios te ayude a ser puro, bondadoso y leal y a tener una mirada franca y que encuentres el sendero de la felicidad que conduce directamente a Jesús y al cielo.

POR LA GRACIA DE DIOS

¡Tú no eres gallina!

Suponte que una gallina se diga a sí misma: «quiero ser águila». ¿Será águila la gallina sólo por querer serlo? Suponte que la gallina cambie su alimentación. Imagínate que diga: «voy a dejar de comer comida de gallina. De ahora en adelante voy a comer comida de águilas». ¿La convertirá eso en un águila? ¡Lo que haría sería enfermarla!

Bien, imagínate que la gallina diga: «ya sé lo que es, es asunto de idioma. Nunca llegaré a ser un águila mientras use las malas palabras que me vienen a mi boca. Así que me decido. De ahora en adelante, no voy hablar más como las gallinas. ¡Voy a hablar como las águilas!» Pero tú sabes y yo sé que aunque la gallina controle su forma de expresarse, no se convertirá en águila nunca.

Bien, ¿y qué si va a vivir donde viven las águilas? Imagínate que la gallina venda su casa en el patio y se vaya a vivir a lo alto de las montañas, donde viven las águilas. ¿Llegaría a convertirse en águila al estar rodeada todo el día por águilas? ¡Por supuesto que no!

¿Y qué de su manera de vestir? ¡Que la gallina se quite todas sus plumas de gallina y se pegue plumas de águila! ¡Ahora sí con toda seguridad que se convertirá en águila! Parecerá un águila (bueno, ¡casi!), sonará como águila (por lo menos tratará), comerá como águila (¡aunque apenas pueda resistir esa comida!), vivirá donde viven las águilas. Por lo tanto será un águila.

Excepto por una cosa: ¡seguirá siendo gallina! El motivo por el cual seguirá siendo gallina es porque nació gallina. La Biblia dice: «si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9).

¿Te has dado cuenta de lo que a veces sucede cuando tu mamá te dice que te laves las manos antes de comer? Después que crees que tienes las manos limpias, ella te pide que se las enseñes, y luego te manda de nuevo al baño a lavarte las manos.

¿Te acuerdas cuando tu mamá te bañaba? Entonces sí, cuando ella terminaba de bañarte, quedabas completamente limpio: orejas, cuello, rodillas, pies, todo limpio. Eso es lo que hace Jesús cuando le decimos que estamos tristes por nuestros pecados. Él nos limpia de todas nuestras impurezas. Quedamos completamente limpios.

La limpieza de nuestros pecados es lo que se realiza por medio del bautismo y el lavamiento de los pies. Si todavía no te has bautizado, probablemente has pensado bastante seriamente en hacerlo. ¿Y qué del servicio de la Santa Cena? ¿Debes tomar el pan y el vino? Si ya estás bautizado, deberías hacer lo que hace Juan.

El Lavamiento de lo Pies

Juan toma parte fielmente en el servicio de la Santa Cena, pero siempre le dice a Luisito, su hermanito más chiquito, que se quede sentado y observe. «Tú no debes tomar parte hasta que estés bautizado», le dice a su hermanito.

¿Es correcto lo que dice Juan? Sí. Cuando un amigo te lava los pies en el servicio de humildad, sucede mucho más de lo que se puede ver. Jesús te lava los pecados del corazón.

Lo sabemos porque cuando Jesús tuvo que lavar a los pies de los discípulos, Él dijo: «Vosotros limpios estáis, aunque no todos». (Juan 13:10). Él tuvo que lavar los pies de cada discípulo muy cuidadosamente y mientras lo hacía, once de los discípulos dejaron que su egoísmo y sus celos y su manía de ver las faltas ajenas fueran lavadas también. Pero uno de sus discípulos se obstinó en no confesar sus pecados. No quedó limpio cuando Jesús terminó de lavar sus pies. Su nombre era Judas Iscariote.

Esto significa que si tomamos parte en el servicio del lavamiento de los pies con un espíritu de sincero arrepentimiento, podemos saber que cuando el servicio ha terminado, todos nuestros pecados han sido lavados.

Pero, ¿es correcto que Juan le diga a Luisito, que no tome parte porque todavía no se ha bautizado? Sí. Primero debe venir el bautismo. Veamos. Supón que has estado jugando pelota durante un día caluroso. Al fin decides entrar y ponerte ropa limpia. Estás lleno de polvo y sudando de pies a cabeza. Tienes que darte un buen baño y frotarte completamente hasta quedar limpio.

Así que te das un baño, te pones ropa limpia y empleas el resto de la tarde jugando con tu tren eléctrico. A la hora de cenar, mamá te dice: «Hijo, esta noche vamos a comer afuera. Ponte los pantalones y la camisa nueva que te dejé sobre la cama». ¿Tienes que volverte a bañar? ¡Por supuesto que no! Sin duda, te tienes que lavar las manos, pero eso es todo.

Eso es lo mismo que pasa con el bautismo y el lavamiento de los pies. Antes de bautizarnos estamos tan sucios con el pecado que el lavamiento de

los pies no va a hacernos completamente limpios como para ponernos el manto de justicia de Cristo. Necesitamos lavarnos por completo. Esto sucede cuando nos bautizamos. Después de eso, sería magnífico que no pecáramos de nuevo.

Entonces no necesitaríamos el servicio del lavamiento de los pies. Pero pecamos, ¿no es cierto? Estos pecados deben ser lavados antes de estar listos para recibir las nuevas y ricas bendiciones que Dios desea darnos. Esos pecaditos son lavados cuando son lavados nuestros pies.

Por eso si estás bautizado, no dejes nunca de participar en el servicio del lavamiento de los pies. Si no te has bautizado todavía, ¿por qué no te decides a hacerlo?

La Biblia nos dice que todos nosotros nacimos siendo malos. «Por cuanto, todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). «No hay justo, ni aun uno» (versículo 10). Por eso es por lo que nosotros mismos no podemos convertirnos en buenos.

Adán y Eva fueron creados perfectos al principio. Pero pecaron y porque pecaron, todos hemos nacido pecadores. Gallinas, malos. Conozco personas que tratan de ser buenas cambiando su alimentación, dejan de comer lo que la mayoría de las personas comen y sólo comen vegetales y comidas saludables.

Algunos padres venden a sus casas y se mudan cerca de una iglesia adventista, y una escuela adventista grande, para que sus hijos estén rodeados por adventistas durante todo el día. Algunos muchachos que conozco cuidan mucho su manera de hablar. Tratan con todas sus fuerzas de no decir nunca malas palabras. Algunas muchachas cuidan su forma de vestir. Dejan de usar joyas y no usan ningún maquillaje.

Pero tarde o temprano, todos ellos descubren que no son en realidad mejores de lo que eran antes. Quizás tú has hecho recientemente ese mismo descubrimiento. Tú no puedes ser mejor sencillamente haciendo casas buenas o comiendo cosas saludables o viviendo en buenos lugares. Tú no puedes convertirte en águila pegándote plumas de águila por fuerza.

Tú no puedes cambiar la forma en que naciste, más que lo que puede una gallina. La única manera de ser águila es naciendo águila. La única manera de ser buenos es nacer bueno. Pero tú naciste siendo malo (gallina).

Por suerte, tú no eres realmente gallina, porque una gallina no tiene esperanza jamás de convertirse en águila. Pero ... ¡maravilla de las

maravillas! Tú y yo podemos nacer de nuevo. Habiendo nacido malos la primera vez, podemos nacer la segunda vez y nacer buenos. Veamos cómo puede suceder esto.

Tú Puedes Ser Como Jesús.

Una noche, cuando Jesús estaba orando en el Monte de los Olivos, fue irrumpido por un visitante. Nicodemo había ido a hablar con Él, para saber quien era y que planes tenía. Nicodemo no fue a Jesús para saber cómo llegar a ser bueno. Él creía que ya era lo suficientemente bueno. Era judío de nacimiento y toda la vida había sido muy cuidadoso de hacer todo lo que se suponía que debía hacer, como lavarse las manos hasta los codos antes de comer. Él estaba seguro de que iría al cielo.

Él le dijo a Jesús: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer estas señales que Tú haces, sino está Dios con él» (Juan 3:2).

Jesús sonrió, pero después hablo seriamente: «El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (versículo 3).

Nicodemo fue tomado por sorpresa. Muchas veces él había dicho que los paganos tenían que nacer otra vez cuando se convertían en judíos, pero, ¿tenía un judío que nacer de nuevo? ¿Estaba Jesús sugiriendo que él no era mucho mejor que un pagano? Él dijo: «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?»

Jesús no trató de explicarle y estoy contento de que no lo haya hecho. ¡Estoy seguro de que nunca entenderíamos! Él dijo que el viento sopla y que uno puede escuchar su sonido, pero uno no sabe de dónde viene ni a dónde va. Eso es lo que sucede cuando hemos nacido del espíritu. Nadie ve al espíritu llegar a nuestras vidas, nadie sabe cómo trabaja el espíritu, pero todo el mundo ve los resultados, la expresión del rostro, obras bondadosas y consideradas del que ha nacido de nuevo

De nuevo, Nicodemo preguntó: «¿Cómo puede hacerse esto?» Jesús todavía no le explicó, pero le recordó a Nicodemo la época cuando los hijos de Israel vagaban por el desierto y muchos de ellos pecaron y fueron mordidos por serpientes muy venenosas. Mientras estaban agonizando, Moisés hizo una serpiente de bronce y la colocó sobre una vara alta, y todo el que miraba la serpiente de bronce, se curaba.

«Como Moisés levantó la serpiente en el desierto», le dijo Jesús a Nicodemo, «así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree tenga vida eterna».

Y añadió: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (versículo 14-16).

¡Qué sencillo es nacer de nuevo! Sólo mirar a Jesús y creer que Él nos ama. Eso es todo lo que tenemos que hacer. Cuando realmente conocemos a Jesús, nuestra alimentación, nuestra forma de vestir, nuestro lenguaje, de hecho todo lo relacionado con nuestra vida, cogerá su nivel.

Nicodemo miró a Jesús y creyó en Su amor, y durante los siguientes tres años, se efectuó un tremendo cambio en su vida. Cuando Jesús murió, Nicodemo dio a conocer sus ideas valientemente y le contó a todo el mundo que él era también un seguidor del carpintero de Nazaret.

Actualmente, ni tú ni yo podemos ver a Jesús. Pero podemos leer acerca de Él, podemos orar a Él y podemos pensar en Él. Haciendo estas cosas, nos iremos pareciendo a Él. Piensa en ser bondadoso como Jesús, paciente como Jesús, obediente como Jesús, y tan atento con los demás como lo fue Jesús. La gracia de Dios logrará este cambio.

Una manera fácil de entender la gracia de Dios es pensar en la palabra «ayuda». El Voto de los Conquistadores empieza diciendo: «Por la gracia de Dios seré puro, bondadoso y leal». Esto lo hace más fácil, ¿no es cierto? Sin duda, con la ayuda de Dios, tú puedes ser todo lo que es bueno, noble y leal.

Pero quizás te preguntes, como Pedro, ¿cómo puede significar que la gracia de Dios te ayuda a ser bueno y también que debes orar antes de comer? Verás como. Hace mucho tiempo, en realidad miles de años la palabra «gracia» significaba ser amigable. Cuando alguien es tu amigo es bondadoso, te ayuda.

Es agradable contigo. Probablemente te hace un regalo de vez en cuando. Como resultado, tú también eres amable. Tú le dices «gracias». Si es en el momento de la comida, inclinas tu cabeza y das gracias a Dios.

SERÉ PURO

La Locomotora Que No Arrancó

Si no fuera por el hecho de que Roberto es mi amigo, yo no creería este relato. Pero conozco bien a Roberto. Él es uno de los que dibujaban las ilustraciones de la revista para los menores, en inglés.

Roberto es un hombre honesto. Desde pequeño, asistió a un colegio adventista en un pueblecito de los Estados Unidos de América. El pueblo en que vivía era pequeño, pero tenía una línea de ferrocarril, y de vez en cuando pasaba por allí un tren. Roberto me contó que una tarde, él y unos amigos vieron a una locomotora que estaba dando resoplidos en un ramal y fueron a mirar (era la época en que los trenes se movían a vapor).

El maquinista vio a los muchachos y se les acercó para conversar con ellos. Los muchachos le hicieron muchas preguntas que el maquinista trató de contestar lo mejor que pudo. Ellos estaban muy impresionados por la tremenda fuerza y energía de esa gran maquina.

«Supongo,» dijo uno de ellos, «que cuando su locomotora quiere andar hacia adelante, todo lo demás se tiene que quitar del camino para darle paso.»

«Sí, más o menos,» respondió el maquinista. Entonces sus ojos brillaron. «Pero hay algo que no puedo quitar del medio.»

«¿Oh?» dijo Roberto. «¿Quiere decir algo así como un camión lleno de ladrillos parados sobre la línea?»

«Todo lo contrario,» replicó el maquinista, «es algo que tengo aquí en mi bolsillo.»

«¿Qué?» respondieron los muchachos. «¡Imposible!»

El maquinista sacó del bolsillo unas cuantas monedas. Escogió dos moneditas de un centavo y metió el resto en su bolsillo. Luego dijo: «Estas moneditas son suficientes para impedir que el tren avance.»

«¡Usted se está burlando de nosotros!» dijo Raúl.

«Por cierto que no,» dijo el maquinista.

«Demuéstranos que lo que dice es verdad,» dijeron los muchachos. El maquinista se arrodilló, colocó los centavos sobre los rieles, bien cerca de las ruedas, luego saltó a la cabina. Abrió la válvula. Salió el vapor de los cilindros y una oleada de humo negro de las chimeneas. Toda la máquina vibró llena de vida y energía.

Pero las ruedas quedaron inmóviles, demasiado débiles para salir hacia adelante sobre eso dos centavitos.

Los muchachos observaban, asombrados, mientras el maquinista se sonreía. Después cerró la válvula y se les acercó de nuevo.

«Ahora voy a mover las moneditas 6 milímetros de las ruedas. Observen lo que va a pasar.» Ahora, con las ruedas separadas una fracción de centímetro, la locomotora salió hacia adelante y las dos moneditas quedaron aplastadas bajo su enorme peso.

Eso fue lo que Roberto me contó. Quizás a ti no te gusten los predicadores que dejan la moraleja de la historia para el final, así que mejor dejo que tú mismo saques la lección. ¿Cuál será la lección? ¿Quizás que las cosas pequeñas pueden impedirnos a llegar al cielo? ¿Quizás que es más difícil dejar un mal hábito una vez adquirido, de lo que es impedir que se forme? ¡Me gustaría saber lo que piensas!

Será por eso que Dios nos pide que nos mantengamos puros, sin nada de maldad en nuestros corazones. Será muchísimo mejor que el muchacho que tenga «peros» en su vida permita que la gracia de Dios lo mantenga puro todo el tiempo.

El Muchacho Con un «Pero» en su Vida

Uzías fue coronado rey cuando sólo tenía 16 años de edad. Él se sentía muy joven para llevar la carga del trono. No se sentía seguro de sí mismo, así que le pidió a Dios que lo ayudara, y por la gracia de Dios, llegó a hacer cosas tremendas.

Por ejemplo, invadió la tierra de los filisteos. Esa gente había molestado a Israel por cientos de años, desde los días de Sansón. Ahora Uzías invadió el país, rodeo a Asdod, una de las más importantes ciudades de los filisteos, y la capturó y derrumbó sus murallas. Ni David, que había peleado contra los filisteos toda su vida, había podido destruir las murallas de algunas de sus ciudades principales.

Pero Uzias conquistó a los filisteos. Peleó contra los árabes y los venció. Peleó contra los amonitas y los venció también. Hasta los amonitas le cogieron miedo. Ellos habían invadido a Israel cuando Jefe era juez. Ellos habían insultado a los mensajeros que David había enviado a su ciudad capital. Ellos no habían tenido miedo de pelear aun cuando el gran Josafat

era rey. Pero con Uzías en el trono, los amonitas enviaron regalos costosos a Jerusalén sin que ni siquiera se los hubieran pedido.

La Biblia cuenta que Uzías «hizo lo recto en los ojos de Jehová, Él lo prosperó» (2 Crónicas 26:4 y 5).

Uzías llegó a ser fuerte y más fuerte cada vez. Fortificó a Jerusalén, edificó nuevas torres. Él no tenía ninguna agencia espacial con científicos en electrónica que diseñaran misiles, cada vez mejores y más grandes, pero llegó a tener un departamento de investigaciones en su ejército donde «hombres expertos» inventaban maquinarias para lanzar flechas y piedras más lejos cada vez de lo que nadie había logrado jamás.

Uzías también tenía puestos o estaciones de alarma en el desierto, lejos de Jerusalén, con torres llenas de soldados, de manera que los ejércitos atacantes se descubrían mucho antes de que pudieran llegar a la capital y se podían enviar mensajeros para alertar a los soldados en Jerusalén y prepararlos para el sitio. En un sentido, eran iguales que las instalaciones de radar que actualmente tienen los países para su protección.

Uzías se hizo rico mientras servía al Señor. Después de un tiempo, tenía tanto ganado que no había suficiente agua para ellos y tuvieron que cavar pozos para regar las enormes praderas que alojaban su inmenso rebaño de vacas, ovejas y cabras.

¡Qué lástima que el relato no termina aquí! En 2 Crónicas 26:15, encontramos que «fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso». Pero cuando se hizo fuerte, «su corazón se enaltecó para su ruina, porque se rebeló contra Jehová su Dios». Uzias trató de ofrecer incienso en el templo, algo que se suponía que sólo los sacerdotes podían hacer. El sumo sacerdote le advirtió que no lo hiciera, pero él persistió, aun cuando ochenta sacerdotes trataron de impedir que no lo hiciera. De pronto, le salió lepra y todo el cuerpo se le puso leproso hasta que murió. Su hijo tuvo que gobernar sobre el reino.

¡Qué pena que una vida tan buena fuera dañada por un «pero»! Nunca lo permitas en tu vida. Pero seamos realistas. Aunque tú quieras ser absolutamente puro y sin mancha, y aunque ores todos los días para que la gracia de Dios te ayude, es probablemente que peques de nuevo. Todos lo hacemos, es triste decirlo. ¿Y entonces qué? ¿Hay alguna de eliminar los «peros» y de que se laven todas las manchas? ¡Sí! Para eso murió Jesús, para eso Él nos perdonó.

SERÉ BONDADOSO

La Invitada

Una noche, los Conquistadores fueron a patinar. Laura había invitado a su amiguita Margarita para que patinara con ella. Tan pronto llegaron al gimnasio, fueron al encargado de la oficina y alquilaron dos pares de patines. Pero casi en seguida que se los pusieron, se dieron cuenta de que algo andaba mal. Una de las ruedas de uno de los patines de Margarita estaba trabada.



Las niñas no quisieron reclamar y decidieron hacer uso de los patines lo mejor que podían. Fueron alrededor del gimnasio varias veces y Margarita iba constantemente empujando la rueda trabada. En un momento, mientras daban exactamente la vuelta al final de la pista, la rueda trabada se salió y rodó lejos.

En seguida, alguien llegó corriendo donde yo estaba, porque yo era el director de los Conquistadores. «Se salió una rueda del patín de

Margarita,» me dijo. Yo vi lo que sucedía y le pedí a Margarita que sujetara la rueda mientras yo iba a buscar la tuerca que se suponía sostenía a la rueda en su puesto.

Yo había puesto muchas ruedas anteriormente y estaba seguro que no me demoraría mucho en hacerlo esta vez. Pero, en seguida me di cuenta que esa rueda estaba en peores condiciones de las otras que yo había arreglado.

«Esperen un minuto,» dije a las muchachitas, «voy a al encargado que nos ayude.» El encargado estaba tan seguro como yo de que él podría

arreglar la ruedita, pero cinco minutos más tarde, movió la cabeza. «No sirve,» dijo, «y yo no tengo la herramienta necesaria.»

¡Pobre Margarita! Se puso tan triste que yo decidí intentar a arreglar la rueda de nuevo. Yo la quitaba y la ponía, luego la volvía a quitar y la volvía a poner. Pero no había remedio. La rueda no se podía arreglar.

«Lo siento,» le dije a Margarita. «Ya no puedo hacer nada más. ¿Por qué no le pides al encargado que te otro par de patines?»

«Ya lo hemos hecho,» dijo Laura, «y él nos dijo que no tenía más patines de ese tamaño.» ¡Qué pena! Las muchachitas sólo habían patinado algunos minutos y faltaba una hora antes de que los padres fueran a buscarlas.

Yo tuve que dejarlas porque tenía que ayudar a otro de los menores y me preguntaba qué podrían hacer las niñas el resto del tiempo. ¿Patinaría Laura y dejaría sentada a Margarita? No, por cierto. Sólo pasaron algunos minutos antes de que las viera de nuevo. Para mi sorpresa, se habían sentado y las dos se habían quitado los patines.

«Laura,» le pregunté, «¿Por qué te quitaste los patines?»

«Bueno, porque Margarita es mi invitada y debo acompañarla.» Durante el resto de la tarde, Laura no volvió a patinar, aunque hubiera podido hacerlo. Ella se quedó al lado de su invitada, de manera que Margarita no se sintiera triste porque se le había roto el patín.

En esos momentos, pensé que era uno de los mejores gestos que había visto en mucho tiempo. ¿Te has dado cuenta de por qué ciertas personas te caen bien? ¡Observa con cuidado! Si alguien es bondadoso contigo, es imposible que esa persona no te guste. Aunque sea un camionero corpulento y jactancioso.

El Camionero Bondadoso

María Flores iba manejando por una carretera asolada y solitaria cuando uno de los neumáticos del automóvil se le desinfló. ¡Ella no sabía cómo arreglarlo! Así que salió del automóvil muy desanimada. Había por lo menos cinco kilómetros hasta el pueblo que ella acababa de dejar y ella no tenía idea de cuántos kilómetros faltarían para el próximo pueblo.

De pronto, notó un enorme camión que venía por la carretera. Venía a tremenda velocidad y ella tuvo que dar un salto para quitarse del camino. El automóvil vibró y la tierra tembló bajo sus pies. Por un instante, pensó que iba a volar por el espacio a causa de la ventolera.

«¡Camionero estúpido y egoísta!» pensó ella. «Se cree que es el dueño de la carretera. ¿Porqué irá tan rápido? Si yo fuera policía, lo arrastraría a un lado y le haría pagar una multa grande. También le quitaría la licencia para que no volviera a manejar en toda su vida, eso es lo que le haría. Las carreteras serían mucho más seguras si hombres como ese estuvieran en la cárcel. Y ahora mi llanta. ¿Cómo me las voy arreglar? ¡Válgame el cielo!»

De pronto, escuchó un sonido extraño y volvió la cabeza. Para su asombro, el mismo camión estaba ahora regresando hacia ella a gran velocidad. Así se mantuvo hasta que quedó a pocos centímetros del automóvil. Luego el chofer se bajó y corrió hacia ella.

«Buenas tardes, señora,» dijo en tono agradable. «¿Se le reventó la llanta?»

«Sssí» respondió ella débilmente.

«Bueno, si me da las llaves para abrir el baúl y sacar la llanta de repuesto, trataré de cambiársela.» A María le pareció que en menos tiempo de lo que lleva contarle, el camionero había levantado el auto con el gato, había quitado la llanta desinflada y había puesto la de repuesto. Ella registró a tientas su cartera para buscar algo con que pagarle al hombre.

Este se enderezó y se limpió las manos. «Oh, no, señora,» protestó el camionero. «No le voy a cobrar nada. Lo hice sólo por el placer de servirle.» En ese momento, ella notó algo que no había notado antes. El hombre tenía los brazos cubiertos de enormes ampollas.

«Perdóneme,» – tartamudeó María, «¿Que le paso en los brazos?»

«No mucho,» respondió él. «Algo estalló precisamente cerca de mí hace unos minutos y me quemé bastante. Yo iba rápido hacia el hospital para recibir ayuda cuando la vi aquí desamparada. Bueno, mejor sigo mi camino. Adiós.»

Sin hablar otra palabra, saltó al camión y siguió de largo. María estuvo sentada en su automóvil bastante rato, pensando. Finalmente inclinó la cabeza sobre el volante y susurró una oración: «Querido Dios, perdóname, por favor, por juzgar a los demás demasiado rápido. Ayúdame a ser tan bondadosa como ese camionero.»

El Personaje Más Bondadoso Que Haya Existido Jamás

La Biblia está llena de relatos de personas que fueron bondadosas. Rebeca ganó un esposo por ser bondadosa con el sirviente de Abraham, dando agua

a sus camellos junto al pozo. Jacob ganó a Raquel como esposa porque él dio agua a sus ovejas. Moisés fundó un hogar en el desierto por ser bondadoso con las siete hijas de Jetro. Todo el mundo admira a José por haber sido tan bondadoso con sus celosos hermanos.

Pero el Hombre más bondadoso de todos, el más bondadoso que haya vivido jamás, fue Jesús. Fueron las cosas bondadosas que Él hizo que hacen que tú le ames tanto. Él fue bondadoso con el hombre en el estanque de Betesda que había estado enfermo por tantos años. El alimento a los que tenían hambre y dejaba que los niños se sentaran en sus rodillas. El camino todo un día para llegar a Sirofenicia, sólo para sanar a una niña enferma y después que resucitó a la niña de Jairo, fue el primero que dijo que ella tenía hambre y pidió que le dieran de comer. Aunque Pedro decía cosas tontas, Jesús nunca se burló de él. Aunque Judas criticaba constantemente y decía mentiras, Jesús nunca lo puso en aprietos en público porque eso era falta de bondad.

Cuando, después de haber sido siempre bueno y bondadoso y no haber cometido nunca un pecado, se le pidió que llevara los pecados que todo el mundo había cometido y cometería, y que cargara toda la culpa de los errores que todo el mundo había hecho, Él aceptó de todo corazón esa culpa y murió en la cruz para que nosotros no fuéramos castigados. ¡Qué Hombre tan maravilloso era Jesús!

Probablemente, nosotros nunca alimentaremos a 5.000 personas con sólo cinco panes y dos pececitos, pero no olvidemos que la mayoría de las cosas bondadosas que Jesús hizo fueron cositas pequeñas en la casa. Durante 30 años vivió en casa de Sus padres, ayudando a Su papá y cuidando a Su mamá cuando Su papa murió.

No dejes de ser bondadoso, ayudando a mamá a lavar la loza, a mantener limpio tu cuarto, a atar los cordones de los zapatos de tu hermanito, a enviar tarjetas con buenos deseos a alguien que esté enfermo, a agradecer a la maestra por hacer interesante las clases. Hay muchas maneras de ser bondadoso. Algunas son fáciles. Otras pueden ser difíciles, como tratar de ser amigable con alguna compañerita que no sea muy simpática. Pero no tienes que hacerlo sin ayuda, lo puedes hacer por la gracia de Dios.

SERÉ LEAL

El Lápiz Roto

La maestra estaba fuera del aula. Jorge se sentó a jugar con su lápiz roto en el pupitre. El lápiz no se había partido por accidente, él lo había partido deliberadamente para tener dos pedazos que tirar a los otros muchachos del aula. Él no era el único que lo hacía. La mayoría de los otros habían estado haciendo lo mismo. Pero, ayer la maestra había tratado de detener ese proceder.

«Comenzando desde hoy,» había dicho la maestra, «cualquiera que tire a otro un lápiz roto tendrá que escribir ciento cincuenta veces “No debo tirar lápices en la escuela.”»

Jorge estaba pensando en eso. Él no quería tener que escribir tantas líneas. Pero al echar una mirada al aula, vio a Ernesto inclinado sobre un libro y la parte trasera de su cabeza ofrecía un blanco tentador. ¡Qué divertido sería tirarle el lápiz y que le cayera exactamente en el medio de la cabeza! ¡No le haría daño y Ernesto se daría un susto!

De pronto, cedió a la tentación. «¡Prepárate Ernesto!» gritó y lanzó el pedazo de lápiz. Por suerte para Ernesto, la puntería de Jorge era mala. El lápiz dio en la pared y rebotó, cayendo al lado derecho del pupitre de Donaldo.

En ese preciso momento se abrió la puerta y entró la maestra. Ella miró alrededor y descubrió el lápiz enseguida. «¿Quién tiró este lápiz?» preguntó la maestra. ¡Silencio! Donaldo se retorció incómodo. Es de suponer que la maestra pensará que era él quien había tirado el lápiz. Jorge pensó rápidamente.

«Por supuesto yo sé que fui yo quien lo tiró,» se dijo a sí mismo. «Pero la maestra no lo sabe, y ella nunca va a descubrirlo. Ella no me vio tirarlo, y nadie del aula se lo va a decir. Además, yo lo tiré una vez. ¿Por qué he de escribir ciento cincuenta veces?»

«¿No es suficiente hombre el que lo tiró para confesar?» preguntaba la maestra. Jorge dejó de pensar y se puso de pie.

«Yo lo tiré,» dijo. «Lo siento. » Él se dejó caer en el pupitre.

«Gracias, Jorge,» dijo la maestra. «Agradezco que lo hayas dicho. Como sabes, tendrás que escribir ciento cincuenta líneas. Lo harás pasado mañana.

Ahora, seguiremos con las clases.» Jorge no esperó hasta pasado mañana para escribir esas líneas.

«Las escribiré después de las clases» le dijo a su mamá esa noche. «Nunca más voy a tirar lápices.»

«Me alegra que fueras lo suficientemente valiente como para ponerte de pie,» dijo la mamá. «Sin duda, eso requiere mucho valor.»

«No, no es nada,» contestó Jorge, sonrojándose.

«Pues sí, yo creo que sí,» dijo ella, «y estoy orgullosa de ti.»

«¡Ay, mamá!» se burló Jorge. Pero se estaba sintiendo muy contento en su interior. Fue por la gracia de Dios que Jorge pudo decir la verdad aunque sabía que cuando la dijera, iba a tener problemas.

Cuando tú le prometes a Dios que seas leal por Su gracia, significa que prometes ser siempre honesto y leal. También quiere decir que te pondrás un alto en la vida, y que serás leal a ese blanco. No vas a permitir que nada te aparte de Él. Mientras practicas ser fiel en todo, la honestidad se convertirá en un hábito que siempre te acompañará.

El Muchacho Que Trepó la Montaña

«Ese Ed está loco,» le dijo Carlos a Mario mientras caminaban a la casa después de las clases. «Anoche estuve con él llevando a las vacas al establo. Cada vez que el sendero de las vacas daba la vuelta a una colina, él caminaba por encima de la colina.»

«Lo mismo pasó hoy,» agregó Mario. «Me dijo que no iría a la casa con nosotros, que el camino que nosotros seguíamos era muy llano. Él quería encontrar un camino con más colinas y lomas. No me explico ¿por qué querrá hacerlo?»

«¿Nunca te lo ha dicho?» preguntó Carlos. «Él quiere algún día escalar el monte Everest.»

«¿Qué?» se rió Mario. «¡Nadie ha escalado jamás el monte Everest! ¡Es la montaña más alta del mundo! ¿Ed cree que él podrá hacerlo?»

Ed planeó escalar el monte Everest, y cada vez que tenía una oportunidad, escalaba una loma, aunque eso significara apartarlo de su camino. En mayo del 1953, Edmond Hillary subió el monte Everest y llegó a su cúspide y fue el primer que lo hizo. Ed se había puesto el blanco más alto que podía pensar y fue leal a ese blanco. ¡Lo alcanzo!

¿Qué blanco te has puesto en tu vida?

Leonardo escuchaba el comentario de otros muchachos cuando les entregaron las calificaciones de la escuela. «Tres C y una B,» dijo uno. «No está mal, pero me voy a proponer tres B y una C.»

«Yo recibí una A y el resto son B y C,» dijo otro. «Creo que trataré de subir esas C hasta B.»

Leonardo sólo sonreía. Sus calificaciones eran todas A. Él me dijo que nunca se había propuesto alcanzar B. Siempre se proponía alcanzar A en todas sus calificaciones. ¡Y las obtenía! En su enseñanza primaria y secundaria, y también en la universitaria, sus calificaciones eran monótonamente las mismas: A, A y más A. ¡Sólo una vez en diez años cogió una B!

Todo el mundo piensa que el apóstol Pablo era un gran hombre. Por supuesto, era de esperarse que tuviera un blanco alto. ¡Por cierto que lo tenía!

Cuando él escribió a los miembros de la iglesia de Filipos, les dijo cual era su blanco. «Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:14). Pablo no tenía muchos blancos diferentes. Tenía uno solo. Él dijo: «Esto hago». Pablo siempre fue fiel a su blanco.

Pocos días antes de que le cortaran la cabeza, escribió una carta desde su oscuro calabozo a su amigo Timoteo: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de la justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su venida (2 Timoteo 4:7 y 8).

Jesús tiene para ti una corona de justicia que espera darte cuando alcances tu blanco. Ponte un blanco alto – deja que Jesús lo ponga por ti – y por la gracia de Dios, lo vas a alcanzar. Este viejo mundo necesita muchachos y niñas que sean leales, no importa lo que pase. Elena G. De White escribió lo siguiente:

« La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo mas íntimo de sus almas, hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponda, hombres cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo, hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos» (La Educación , pg. 54).

Fiel Hasta la Muerte

La tormenta de nieve llegó tan rápidamente que el pastor no tuvo tiempo de reunir a todas sus ovejas en el redil antes que muchas de ellas fueran cubiertas por la nieve.

«Mota», su perra ovejera, estuvo toda la tarde corriendo por la montaña, buscando las ovejas enterradas bajo la nieve, sacándolas y llevándolas al redil. La noche llegó antes que pudiera rescatar a la última. Luego, helada, mojada y agotada, la perra se dejó en la esquina del redil y sus diez cachorritos se le echaron encima a mamar.

El pastor contó las ovejas cuidadosamente. ¿Qué era eso? ¡Faltaba un cordero! Debiera estar por allí, bajo la tormenta, temblando y muriéndose del frío.

Mota levantó los ojos, como rogándole al pastor. ¡Sentía tanto frío y estaba tan cansada! ¿Tendría que salir otra vez?

El pastor hubiera querido decirle que podía quedarse pero, ¿qué le pasaría al corderito si Mota no lo rescataba? «Mota,» le repitió más firme esta vez, «falta un cordero, sal y búscalo.»

Obedientemente, Mota se paró y, dejando sus cachorritos, salió bajo la tormenta. Pero, ¿por dónde iría? Había mil lugares donde podría estar el corderito. El viento rugía, arrastrando más nieve y cellisca sobre la montaña.

Mota buscó durante varias horas. Muchas veces el pastor se paraba en la puerta, mirando a través de la tormenta, escuchando alguna señal de su fiel perrita. Era casi medianoche cuando la oyó rasguñando en la puerta. Rápidamente la abrió. Mota había regresado y traído al corderito.

«Muy bien, Motita,» dijo el pastor, dándole una palmadita. «Ahora, vete donde están tus cachorritos.» La noble perrita se arrastró cansada hacia sus cachorritos y el pastor atendió al corderito. Tenía que secarlo y abrigarlo cerca del fuego porque estaba helado.

Por último, cuando estuvo atendido el corderito, se acercó para atender a Mota. En el rincón encontró a los cachorritos llorando lastimosamente a su lado. ¡Allí estaba la perrita muerta sobre el piso! Había dado su vida para salvar al corderito.

Eso nos recuerda lo que Jesús hizo por nosotros, ¿no es cierto? Él vino a este frío mundo a salvarnos y fue leal a su blanco hasta que le costó la vida.

Cuando escuché lo que hizo Mota, me pregunté si nosotros estaríamos listos a hacer lo mismo por nuestros amigos que están perdidos en el mundo. ¿Qué será de esos compañeros de clases que se sientan a nuestro lado todos

los días en la escuela, pero no son miembros de la iglesia? ¿Estamos tratando de ayudarlos a encontrar el camino de regreso a Jesús y al redil celestial?

Quizás sean diferentes a nosotros y no sea fácil ser sus amigos. Pero, si somos verdaderos cristianos, haremos algo para que se salven. Si somos leales, entonces, por la gracia de Dios, lo intentaremos.

GUARDARÉ LA LEY DEL CONQUISTADOR

Por Qué David Guiñó un Ojo

Hay muchos motivos buenos por los cuales se requiere que «por la gracia de Dios» guardes la ley del Conquistador, cuando te haces Conquistador. Si alguien tuvo el derecho de quebrantar las leyes, fue Jesús. Después de todo, Él las hizo. Pero en lugar de eso, Él dijo: «El hacer Tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y Tu ley está en medio de mi corazón» (Salmo 40:8).

Cuando Él estuvo en la tierra y Sus enemigos trataban desesperadamente de encontrarle faltas, Él los desafiaba públicamente. «¿Quienes de ustedes pueden comprobar que he cometido pecado alguna vez?» (Véase Juan 8:46). No había nadie, ni entre Sus peores enemigos, que pudiera probar que le había hecho malo.

Si fuera correcto quebrantar la ley de Dios, no hubiera sido necesario que Jesús muriera. Guardar la ley de Dios exactamente de la manera que Él ha dicho es la única forma de vivir. Sencillamente, no existe ninguna otra forma de disfrutar la vida, o en realidad de tener éxito, o de vivir eternamente.

David pensaba que era divertido no obedecer las reglas de la escuela, hasta el día en que llegó el nuevo maestro. «¡Un nuevo maestro!» él se reía entre dientes, mirando al frente del aula una montaña. «¡Ahora sí que me voy a divertir!»

El señor Sánchez, el nuevo maestro, pidió a los niños que abrieran sus libros. Inmediatamente David le tiró algo a Horacio y varios de los muchachos insistieron para que Horacio lo tirara de nuevo. «Por favor, tranquilícense,» dijo el señor Sánchez. «Trate de tranquilizarme,» dijo David. Casi se tapó la boca cuando lo dijo, pero en realidad, él esperaba que el maestro lo hubiera oído. Sería divertido ver que haría el maestro en este caso.

«¿Dijiste “trate de tranquilizarme”?»

«Sí,» dijo David. Los muchachos se rieron por lo bajito.

«Entonces, venga conmigo,» dijo el señor Sánchez.

El maestro no estaba enojado, ni siquiera un poquito, pero había algo en su voz que no sonaba a juego. David siguió al maestro por el pasillo hasta un cuartito que había en un extremo.

«Mejor es que no me pegue, si es lo que intenta,» dijo David.

«¿Por qué no?»

«Me dan rabieta.»

«Pues eso es exactamente lo que estoy intentando hacer,» dijo el señor Sánchez.

«Volveré a desobedecer,» advirtió David.

«No, no creo que lo harás,» dijo el maestro. «Los muchachos a quienes les pegó, no desobedecen otra vez.» En ese momento el señor Sánchez se quitó la correa.

«Acuéstese sobre mis rodillas, jovencito.» David se resistió, pero no le valió de nada.

«Una cosa, antes de empezar,» dijo el señor Sánchez tranquilamente, «si tú quieres coger una rabieta, puedes hacerlo. Cuando yo castigo a un muchacho, le permito determinar cuantos cintazos quiere. Tan pronto como prometas que te portarás bien, yo dejo de pegar.»

¡Y allá fue el cintazo! David se puso rígido. De nuevo el cintazo. David gritó, pero no quiso prometer nada. Una vez más, la correa golpeó en el mismo lugar, otra vez más. David se sentía tan adolorido que creía que no se podría sentar por una semana. Luego otro cintazo. David se rindió. «Me portare bien,» sollozó.

«Entonces termino,» dijo el maestro. «Cuando regreses a tu casa esta tarde, dile a tu mamá que iré a visitarla.»

David palideció. «¡No se lo diga a mi mamá!» rogó. «Yo me portare bien. Se lo prometo.»

«Muy bien,» dijo el señor Sánchez, «Vamos a hacer un trato. Si te portas bien, de ahora en adelante, yo no le diré nada a tu mamá. Pero inmediatamente que te portes mal, se lo diré.»

David prometió y desde ese momento en adelante, fue obediente y cooperaba en todo. En abril, los padres de David visitaron a la escuela. Su mamá le dijo al maestro: «Señor Sánchez, estamos sorprendidos de la influencia que usted ha tenido sobre nuestro hijo. No podemos creer que usted no haya tenido que castigarlo durante todo el año.»

«¿Castigar a David?» dijo el señor. «¿Por qué he de castigarlo? Si es el que mejor se porta en el aula.» David estaba de pie al lado de sus padres. En ese momento miró al maestro e hizo un guiño con los ojos y luego sonrió con toda su cara.

¡Salta al Acantilado!

Una vez un muchacho me dijo: «quiero fumar».

Por supuesto, yo le dije: «no lo hagas».

El respondió: «¿Por qué no? La Biblia no nos dice que no debemos fumar. ¿No es cierto?» Tuve que admitir que tenía razón, la Biblia no dice en ninguna parte que las personas no deben fumar.

Pero, ¿quiere eso decir que no es malo fumar? Una muchacha dijo: «yo quiero ir a ver cierta película que están poniendo en el cine».

Yo le dije: «no debes ir».

«¿Por qué no?» preguntó ella. «La Biblia no dice en ninguna parte que es malo ir al cine». Ella tenía razón, la Biblia no dice en ninguna parte que es malo ir al cine. Pero, ¿quién dice que ciertas cosas son correctas sólo porque la Biblia no dice específicamente que no son malas? La próxima vez que pienses así, ¡salta al acantilado! Debe ser correcto, la Biblia no dice que es malo hacerlo. La próxima vez que estés jugando a la pelota en la calle, persíguela sin mirar en ambas direcciones.

Corre frente a un carro andando. Recibe el golpe, está perfectamente bien. La Biblia no dice que eso es malo. ¡Ni siquiera dice una sola vez que no corras delante de un vehículo en movimiento!

Yo conocí a un muchachito que siempre tenía catarro. Su mamá trataba de encontrar la causa. Después de un tiempo, el muchachito le dijo que siempre que se bañaba, le gustaba tratar de respirar debajo del agua. Él estaba tratando de ser un pez o un submarino, no recuerdo cual de los dos (era un muchachito pequeño). Él no sabía que era malo hacer eso. Él no sabía que podría ahogarse. Su mamá nunca se lo había dicho y la Biblia no dice que es malo respirar debajo del agua.

La verdad es que la Biblia no tiene una lista de todas las cosas que no debemos hacer. Por ejemplo, la Biblia nombra varios alimentos que no debemos comer, pero no dice ni una palabra en cuanto a no comer veneno de roble o de hiedra.

Conozco a un jovencito que comió veneno de roble. Masticó las hojas y se las tragó. Estuvo gravemente enfermo durante muchos días. Pero la Biblia no dice que es malo comer veneno de roble.

La Biblia es como una caja de harina para hacer pasteles. Por fuera de la caja, muestra los pasteles deliciosos que se pueden hacer con la harina. Por detrás están las instrucciones. Si uno sigue las instrucciones, uno logrará hacer

pasteles tan deliciosos y sabrosos como los que aparecen en la ilustración. La caja no dice ninguna palabra en cuanto a lo que la cocinera no debe hacer. Por ejemplo, no dice «no le ponga ajo».

La Biblia describe la vida de un hombre perfecto, Jesucristo. También dice que si uno sigue las instrucciones que están en este libro, llegará a ser tan bueno y tan fuerte y de tanto éxito como Él lo fue. Tú también podrás llegar a serlo si haces lo que la Biblia dice.

La próxima vez que alguien trate de persuadirte a que hagas algo malo y te diga que es correcto porque la Biblia no dice que es malo, dile que salte a un acantilado. ¡La Biblia tampoco dice que es malo hacerlo! Pero, di en tu mente «yo guardare la Ley del Conquistador» y recuerda que podrás hacerlo por la gracia de Dios.

SERÉ SIERVO DE DIOS

La Mujer que Detuvo los Salvajes

María Slessor se crió en una familia muy pobre en Escocia. Sus padres peleaban y su padre casi siempre estaba borracho. Ella dedicó su vida completamente a servir a Jesús y se fue sola a África para ser sierva de Dios en ese continente.

Una tarde, estando enferma en casa, alguien llegó corriendo para decirle que dos tribus estaban listas para pelear en la selva africana. A la mañana siguiente, habría derramamiento de sangre si ella no acudía en seguida.

Aunque estaba enferma, se levantó de la cama. «No vaya,» le pidió un jefe que era su amigo. «Si usted va, se va a meter en las garras de la muerte.» Pero María Slesso, aunque débil y enferma, no se iba a detener. Corrió hacia la selva.

Las sombras de la noche la rodeaban y la noche oscurecía el sendero. Pero ella seguía corriendo. «Querido Dios,» oraba, «cierra las fauces de las bestias.»

A la medianoche, llegó a una villa y le pidió a alguien que la acompañara el resto del camino, pero el jefe de la tribu fue descortés con ella y no estuvo listo a ayudarla. «Una mujer no puede impedir la guerra entre las tribus,» dijo.

María le replicó: «Tú ves sólo a una mujer. No olvides que se trata de una mujer de Dios,» y siguió andando a través de la selva y en la oscuridad, entre las bestias hambrientas.

De pronto, escuchó gritos airados y bailes y llegó a una fiesta de guerreros listos para salir a la batalla. «¡Deténganse!» gritó. «Debemos sentarnos y hablar de estos problemas. ¡No debe haber más muertos!» Algunos de los salvajes se rieron. Otros eran más astutos.

«Estas cansada,» le dijeron. «Duerme aquí. Te despertaremos al canto del gallo y entonces hablaremos.»

Ella se durmió, y cuando se despertó, los hombres se habían ido a la batalla. Pero María Slessor no iba a ser detenida. Ella corrió por el sendero detrás de los hombres, a través de corrientes de agua y sobre las colinas, y de pronto los encontró. Estaban danzando frenéticamente y haciendo girara

lanzas y garrotes. «Se están portando como niños,» les dijo. «¡Dejen de bailar y obedézcanme!»

¡Y la obedecieron! Allí, ella los dejó y corrió hasta que encontró a los guerreros de las otras tribus alineados al otro lado del sendero. «Quiero saludarles,» dijo ella, sonriendo dulcemente al grupo de mirada feroz. Los paganos la miraron llenos de ira, moviendo sus lanzas.

Ella se rió y les dijo algunas bromas. Entonces uno de los guerreros se le acercó y se arrodilló ante ella. «¿Me recuerda?» le preguntó. «Una vez fuiste a mi choza y me curaste. Tenemos que confesar que esta sería una pelea tonta y queremos que la impidas.»

Esos hombres fuertes querían que esa mujercita enferma los ayudara a detener sus guerras. ¡Imagínate! Y ella lo hizo.

Ella junto a los dos ejércitos y se mantuvo entre ellos mientras hablaban de todas sus dificultades. Finalmente, se pusieron de acuerdo en quienes tenían la razón y ella se cercioró de que los culpables pagaran una multa, en lugar de matarse unos a otros.

Esa fue una de las muchas batallas que María Slesser detuvo en esa selva de paganos. Poco después, ella llegó a ser muy conocida como la reina del país, la Reina Blanca de los Okoyong.

¡Es asombroso!, ¿no es cierto? ¡Qué maravilla lo que una persona puede hacer cuando es sierva de Dios!

Pero tú no tienes que ir a un país lejano para servir a Dios; lo puedes servir aquí mismo. No tienes que encarar lanzas y flechas y palos y armas. Muchas veces puedes servir a Dios siendo sólo un buen ejemplo. Recuerdo la noche que vi a la batalla de los Bancos de Atrás.

La Batalla de los Bancos de Atrás

La batalla de los Bancos de Atrás sucedió en un campamento, en una carpa grande, precisamente durante un culto y yo la vi en todos sus detalles.

El pastor había estado predicando un precioso sermón, tan lindo, que hasta los niños estaban escuchando atentamente. Estaba llegando al fin del sermón ese viernes de noche, cuando empezó la batalla.

En ella participaban tres niñas y un muchachito. Yo no sé cómo se llamaba el muchachito que tenía unos dos años de edad. Las niñas se llamaban Anita, Berta y Catalina.

Para empezar, los cuatro estaban fuera de la carpa, a unos pocos pies detrás del último banco, escuchando atentamente. El predicador estaba hablando del joven rico y de cómo había sido casi perfecto. «Una cosa te falta,» le había dicho Jesús.

Entonces el predicador preguntó si había alguien entre los presentes que creían que les faltaba algo en su vida. «En lugar de apartarse tristes del lado de Jesús,» decía, «¿no sería mejor tomar su cruz y seguirle? ¡Cuénteles su decisión viniendo al frente ahora mismo!»

Entonces empezó la batalla. Vi a Berta decirle a Anita: «Vamos al frente.» Pero Anita, con un ligero movimiento de cabeza, se quedó quieta. El predicador seguía exhortando y varios cerca del frente se pusieron de pie y fueron hasta la plataforma. El predicador sugirió que la congregación cantara el himno «Tal Como Soy», y mientras estaban cantando la primera estrofa, Anita, Berta y Catalina y el niño se pusieron en movimiento hasta ponerse en el pasillo detrás del último banco. Catalina se sentó y cargó al niño.

Una vez más, Berta le susurró a Anita, pero Anita ni siquiera pestañeo. Yo podría ver que Berta estaba tratando de ser una sierva de Dios. Ella quería ir al frente. Ella anhelaba que Jesús supiera que ella lo amaba y que estaba lista a servirle toda su vida. Ella quería ganar la victoria sobre cada pecado. No debía faltar nada en su vida.

Entonces el predicador terminó. Berta susurró a Catalina esta vez, pero Catalina sacudió la cabeza y miró al niño. (Me preguntó porque hay padres que piden a sus hijas mayores que cuiden a sus hermanitos pequeños en reuniones como estas). «Yo no puedo ir con él,» le dijo.

¡Querida Berta! Ella quería ir a Jesús con sus amigas. Hubiera sido más fácil así, y mucho más agradable, pero si ellas no querían ir, ella debía ir sola. Berta había ganado la victoria en la batalla de los Bancos de Atrás. Ella fue la primera de las tres niñas en hacerlo. ¡Pero no juzguen a las otras! La batalla seguía en sus corazones. Berta había establecido un ejemplo que ellas debían seguir.

Algunas personas deciden rápidamente que seguirán a Jesús; otras requieren más tiempo. Quizás la batalla es más fuerte. Alegrémonos por las victorias rápidas, pero nunca dejemos de orar por los que son más lentos.

La noche iba en aumento. «Una apelación final,» dijo el predicador. «Nos pondremos de pie para cantar la última estrofa y si alguno de ustedes creen que les falta algo, vengan al frente.» Tan pronto la congregación se

puso de pie, Anita y Catalina se miraron, sonrieron y fueron juntas al frente llevando al hermanillo chiquito.

Estoy muy contento de haber podido contarles a ustedes esta experiencia. Estoy seguro que los ángeles regresaron al cielo y se lo contaron todo a Jesús, y que Él se sintió feliz también. Siempre hay gozo en los cielos cuando los menores ganan la victoria en la batalla contra el pecado, ya sea peleada en los bancos de una carpa o en cualquier otro lugar.

Supongamos que Berta no hubiera ido primero. No fue fácil para ella servir a Dios sola esa noche. Nunca lo es, pero cuando tú decides ser siervo de Dios, por la gracia de Dios, serás uno de ellos.

SERÉ AMIGO DE LA HUMANIDAD

Mientras Mamá Estaba Fuera

«¡Ay!» se lamentaba la mamá, mirando de nuevo hacia la cocina, mientras iba hacia la puerta de salida. «En realidad, no debería ir al programa esta noche dejando tanta loza sin lavar. ¡Oh, si tuviera una lavadora de platos!»

«¡Apúrate, mamá!» gritó el papá sentado ya en el automóvil. «Tendré que lavarla cuando regrese,» pensó la mamá, cerrando la puerta y corriendo hacia el carro. Pero, sin que la mamá lo supiera, Lorena, que estaba acostada, había escuchado sus quejas. Cuando el automóvil salió, ella pensó, «¡Pobre mamá, tanto que tiene que trabajar! Tendrá que lavar la loza antes de acostarse.»

Lorena quedó algunos minutos pensando en todo el trabajo que hacía su mamá, cuando, de pronto, tuvo una idea muy buena. ¡Ella podría lavar la loza mientras mamá estaba fuera! En un pestañazo, se deslizó de la cama y fue a la cocina. Dejó que el fregadero se llenara de agua caliente y empezó a lavar la loza.

Primero, lavó los vasos, los cuchillos, los tenedores y los platos. Luego, lavó las ollas y el sartén. No se detuvo allí. Sacó la basura, luego limpió la estufa, dejándola como nueva. Colocó todo en su lugar, restregó el fregadero hasta que quedó completamente limpio. Luego, dobló las toallas de la cocina y las puso arregladitas en el toallero.

Antes de salir de la cocina, se detuvo a contemplarlo todo. ¡Todo estaba completamente limpio! Luego, miró el reloj. ¡Casi era tiempo de que mamá y papá regresaran! Rápidamente se dirigió a la cama.

¡Apenas a tiempo! Se tapó enseguida. Oyó que el carro que se detenía frente al garaje. Ella escuchó a su mamá caminado hacia la puerta de atrás. «Gracias por haberme llevado,» le decía a su papá. «Y ahora supongo que tengo que ir a lavar la loza.»

Lorena casi se rió en alta voz pero se las arregló para ahogar la risa con la almohada. Ella quería que mamá pensara que ella estaba dormida. La puerta del fondo se abrió. Mamá encendió la luz de la cocina. La mamá suspiró. Luego dijo: «Papá, ¿quieres mirar la cocina? ¡Lorena lo lavó todo!»

Los dos fueron directo al cuarto de Lorena. «Lori, ¿estas despierta?» No hubo respuesta. Entonces el papá pensó que había visto un ligero movimiento bajo la frazada. Mamá estaba segura de haber escuchado una

risita. Se sentaron a la orilla de la cama y mamá acarició la cabeza de Lorena con las manos.

«¿Lavaste toda la loza mientras estábamos fuera?» preguntó la mamá.

Lorena se sonrió, pero sus ojitos le brillaban. «Mil gracias, querida,» dijo la mamá. «¡Ha sido una sorpresa maravillosa!»

«Yo pienso,» dijo el papá, «que Lori merece tener mañana el día libre.»

Esto es lo que significa ser «amigo de la humanidad», hacer buenas obras para los demás. ¡No hay otro lugar mejor para empezar que siendo amigos de papá y mamá!

Lectura Interesante

Si quieres leer algo interesante el viernes de noche o el sábado por la tarde, consigue el libro El Deseado de Todas las Gentes y lee dos capítulos, «La Niñez de Cristo» y «Días de Conflicto». «La Niñez de Cristo» nos cuenta la historia de Jesús cuando era niño. «Días de Conflicto» relata lo que sucedió cuando era un jovencito.

A pesar de todos los problemas que Jesús tuvo que afrontar, siempre fue Amigo del hombre. «Desde sus más tiernos años, fue dominado por un propósito: vivió para beneficiar a otros» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 51). «Jesús vivió en un hogar de artesanos, y con fidelidad y alegría desempeñó Su parte en llevar las cargas de la familia» (p. 53).

«Jesús obraba para aliviar todo caso de sufrimiento que viese. Tenía poco dinero que dar, pero con frecuencia se privaba de alimento a fin de aliviar a aquellos que parecían más necesitados que Él. Sus hermanos sentían que la influencia de Él contrarrestaba fuertemente la Suya. Poseía un tacto que ninguno de ellos tenía ni deseaba tener. Cuando ellos hablaban duramente a los pobres seres degradados, Jesús buscaba a estas mismas personas y les dirigía palabras de aliento. Daba un vaso de agua fría a los menesterosos y ponía quedamente Su propia comida en Sus manos. Y mientras aliviaba sus sufrimientos, asociaba con Sus actos de misericordia las verdades que enseñaba, y así quedaban grabadas en la memoria» (p. 66).

A veces sucede, y siento decirlo, que a ciertos Conquistadores les da por pensar con orgullo de ellos mismos. «Nosotros guardamos el sábado,» dicen. «Tenemos la reforma pro-salud y escuelas cristianas y el Espíritu de Profecía.» Bien, todo esto es correcto, pero hay muchos jovencitos que no tienen estas

cosas y pueden darnos buenos ejemplos de cómo ser amigables con los necesitados.

La Cosecha de Mangos

Lo que el señor López veía a través de la ventana debía haberlo hecho feliz. Pero en su lugar, lo dejaba muy triste. ¡Cinco acres de mangos maduros y listos para cosechar y él no tenía fuerzas para hacerlo! La mayor parte de su vida, había sido bombero, cosechar los mangos todos, los años le parecía un juego de niños. Pero había tenido un accidente y ahora tenía que quedarse en la casa, inutilizado, observando los mangos madurándose y pudriéndose.

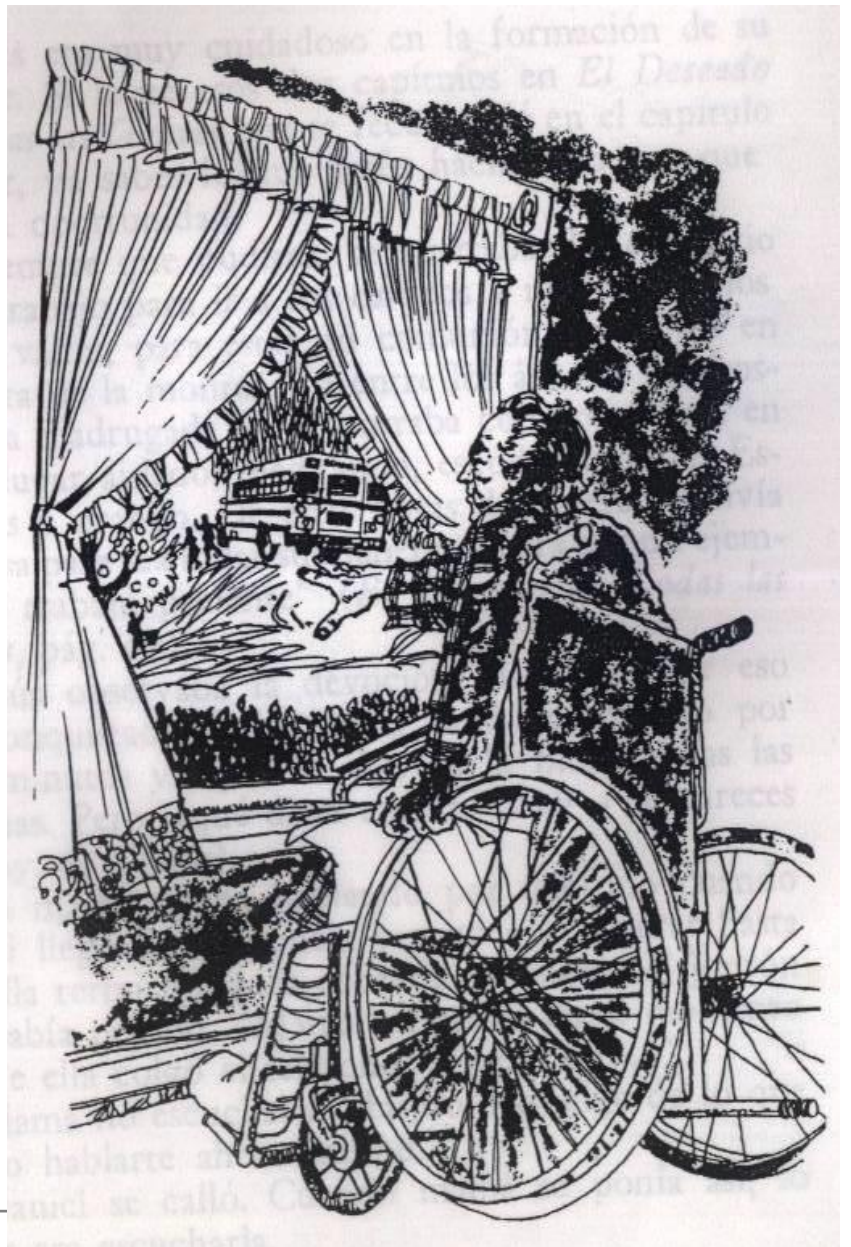
«Deja de preocuparte por lo mangos,» le dijo su esposa desde la otra habitación. «No es tanto lo que vamos a perder si no los cosechamos.»

«Laura, Laura, ¿no entiendes?» Respondió el señor López pacientemente «Tenemos que pagar impuesto de cinco acres y después de todos los gastos médicos a causa de mi accidente, no sé dónde vamos a encontrar el dinero.»

«Podemos pedir a los muchachos que viven en el extremo del camino que los recojan,» sugirió la señora López.

«¡Muchachos!» protestó su esposo. «¿Qué saben los muchachos de hoy de cosechar mangos? Lo que harán será magullarlos y entonces no los podremos vender de ningún modo.»

La señora López se dio cuenta de que nada de lo que dijera serviría de mucho, así que prefirió callarse. Pero no por mucho tiempo. Pocos minutos más tarde, estaba llamando desde la ventana del frente. «Carlos, Carlos, el autobús de la escuela se ha detenido frente a la casa y



están saliendo un montón de muchachos. ¡Han ido al cobertizo y han cogido las escaleras de las frutas, y ahora están trepándose a los árboles como abejas!»

«¡Ladrones!» estalló el señor López lleno de ira. «¡Deben haber sabido que teníamos los mangos y deben haber obligado al chofer a traerlos aquí para cogerlos a su gusto!»

«Cálmate,» dijo la señora López tranquilamente. «Veo a Paquito García entre lo muchachos, el que vive aquí al lado. Le voy a preguntar lo que pasa.

Paquito les explicó: «Señora, supimos que el señor López no podría recoger los mangos este año, por eso pensamos venir y ayudarlo. No se preocupe en cuanto a que sean bien cosechados. Somos miembros del Club de Futuros Campesinos.»

«¡Maravilloso!» dijo la señora López emocionada. «Espero que me des una lista con los nombres de todos los muchachos para que pueda enviarles una nota de agradecimiento.»

Esa tarde fueron cosechados todos los mangos. Un tiempo después, la señora López le preguntó a Paquito por qué no le había dado la lista de los nombres de los muchachos. «Es que los muchachos están demasiado ocupados para darme sus nombres.»

«Mira,» dijo la señora López, «tú no puedes engañarme. Esos muchachos no quieren que se les den las gracias, ¿no es cierto?» Paquito se ruborizó.

«Últimamente hemos tenido un tiempo magnífico, ¿verdad?» dijo él. Pronto se vendieron todos los mangos (los muchachos se ocuparon de eso) y entregaron el dinero al señor López. Hubo suficiente para pagar los impuestos y todavía quedó algo.

Y en lo que respecta al señor López, él cree que los muchachos de ahora son magníficos «amigos de la humanidad».

OBSERVAR LA DEVOCIÓN MATUTINA

Tony el Tonto

Jesús era muy cuidadoso en la formación de Su carácter. Si leíste esos dos capítulos en El Deseado de Todas las Gentes que te recomendé en el capítulo anterior, ya sabes lo que Jesús hacía cada vez que tenía la oportunidad.

«Siempre que podía, se apartaba del escenario de su trabajo, para ir a los campos a meditar en los verdes valles, para estar en comunión con Dios en la ladera de la montaña, o entre los árboles del bosque. La madrugada le encontraba con frecuencia en algún lugar aislado, meditando, escudriñando las Escrituras, u orando. De estas horas de quietud, volvía a su casa para reanudar sus deberes y para dar un ejemplo de trabajo paciente» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 69).

Jesús observaba la devoción matutina. Por eso, los Conquistadores lo hacen también, orando por unos minutos y leyendo algo de la Biblia todas las mañanas. Pero, ¿qué dices cuando oras? ¿Te pareces a Tony, el Tonto?

La mamá estaba hablando por teléfono cuando Daniel llegó de la escuela y tuvo que esperar hasta que ella terminara para contarle de Jonson, a quien había golpeado. «Mamá,» empezó en el momento en que ella colgó el teléfono. «Peguá a un...»

Mamá no escuchaba. «Hijito, hay algo de lo que quiero hablarte ahora mismo.» Daniel se calló. Cuando mamá se ponía axial, lo mejor era escucharla.

«Esta bien, mamá,» él dijo, «dime qué es lo que hice de malo.»

La mamá se sentó. «La que me hablaba era Ana Hernández, Daniel. Me llamó por teléfono para decirme que su hijo, Tony, había llegado llorando de la escuela hacia como una hora. Tony le dijo a su mamá que los muchachos no lo dejaron jugar pelota y que tú en particular lo molestaste y le dijiste que no querías verlo en los alrededores. ¿Es cierto eso?»

Daniel movió la cabeza. «¡Ah! Ese Tony Hernández. “Tony el Tonto” sería un nombre mejor para él. Te digo mamá, que nunca he visto un muchacho mas inútil en mi vida. Tú tampoco lo dejarías jugar pelota contigo.»

«Así que lo que me contó la señora Hernández es cierto. Estoy avergonzada de ti, Daniel. Tú sabes →»

«Por favor, mamá, déjame explicarte.»

«Será mejor,» dijo la mamá. Daniel empezó a hablar.

«Nunca los muchachos hemos visto a un chico como Tony. De veras, mamá. ¿Qué harías con él? Se sienta solo todo el día y nunca dice una palabra.»

La mamá lo interrumpió. «Quizás ustedes no son lo suficientemente amigables.»

«Sí lo somos, mamá. Le pedíamos que jugara con nosotros. Pero lo dejamos por imposible. Él sabe decir unas cinco frases y dos veces al día las repite como disco.»

La mamá lo miró sorprendida. «¿Qué quieres decir exactamente?»

«Mira, todas las mañanas cuando llega Tony, dice: “Lindo día, ¿no es cierto? Anoche dormí bien. ¿Y tú? Me alegro verte. Espero que las clases te resulten fáciles.” Eso exactamente.» La mamá estaba boquiabierta.

«Y no nos dice ni una palabra más a ninguno de nosotros durante todo el día, hasta que se acaban las clases. Entonces (y esto lo dice igual todos los días) dice: “Lindo día, ¿no es cierto? Lo pasé bien. Espero que tú lo hayas pasado bien también. Que pases buenas noches. Te veo mañana”.»

La boca de la mamá todavía no había podido cerrarse. Por fin dijo: «¿Es cierto todo eso que me dices?»

«Absolutamente,» dijo Daniel. «¿Te das cuenta de por qué no queremos que un muchacho así juegue a la pelota con nosotros?»

La mamá de Daniel se quedó quieta por unos instantes y luego habló quedamente. «Daniel, en realidad tú haces exactamente lo mismo de lo cual estás criticando a Tony.» Ahora le tocó el turno a Daniel para asombrarse.

«No es cierto. Yo hablo de todo y si tú quisieras oírme, te contaría todo acerca de mi jon →» Mamá levantó una mano.

«Es tarde. Tengo que preparar la cena. Papá llegará en media hora. Quizás dediquemos algunos minutos del culto a discutir esto. Si me alcanzas ahora unas papas, quizás podamos hablar más tarde de tu jonrón. Quiero que me cuentes.»

Daniel fue a buscar las papas. ¿Qué querrá decir mamá? ¿Qué yo soy tan tonto como Tony?

Mamá peló las papas y pronto la cocina se llenó de un sabroso olor mientras la comida hervía en la estufa y algo se asaba en el horno. Papá llegó y todos se sentaron a comer.

Todas las noches, después de comer, celebraban el culto. Mamá leía parte de la lección de la escuela sabática. Daniel miraba los textos y repetía el versículo de memoria. Se arrodillaban para orar. Papá oró esa noche y luego le llegó el turno a Daniel.

Él dijo en su oración: «Querido Jesús, gracias por el buen día que tuve en la escuela. Perdona mis pecados. Bendice a mamá y a papá. Danos una buena noche de descanso y ayúdanos a hacer las cosas mejor mañana. Amén.»

Mamá oró y luego papá tuvo que salir para una reunión de la junta de la Iglesia.

La mamá le dijo a Daniel: «¿Sabes lo que yo quería decir cuando hablaba contigo esta tarde?» Daniel frunció el entrecejo.

«¿Qué te pasa hoy, mamá? No quiero ser descortés, pero no me doy cuenta de lo que quieres decir.»

Mamá parecía seria. «Esta tarde me contaste que tú creías que Tony era medio trastornado porque hablaba solamente dos veces al día y siempre decía lo mismo.»

«Bueno, él actúa algo raro; pero, mamá, después de todo, yo no me parezco a él.»

Mamá habló más claro. «Daniel, ¿te escuchaste esta tarde mientras orabas? Yo conté cinco frases y fueron exactamente las mismas que dijiste anoche y antenoche. Tú sólo hablas con Dios dos veces al día, por la mañana y por la tarde, y tienes ciertos pensamientos que repites una y otra vez.»

«Pero, mamá,» Daniel fue cogido por sorpresa, «¿qué se supone que uno diga cuando ora?»

«Dios es tu mejor Amigo, Daniel,» mamá hablaba suavemente. «Habla con Él lo mismo que hablarías con tu mejor amigo en la tierra. Cuéntale todas las cosas que te pasaron durante el día.»

«Pero mamá, ino es una oración!»

«Por qué no? Tú crees que yo estoy interesada en lo que pasa en la escuela. ¿Por qué piensas que Dios no está interesado? Habla con Él de tus amigos, de las tareas de la escuela, de los problemas que no puedes resolver, de las dudas que no puedas solucionar, de las fechas que no puedas recordar. Y habla con Él de las cosas que te gustan, los paseos al campo, juegos.»

«Quieres decir, algo así como el jonrón que dí?» Una lucecita empezó a brillar en los ojos de Daniel. «Pero mamá, si oro así, bueno, la oración será mucho más interesante de lo que resulta ahora.»

«Por supuesto, lo será,» dijo la mamá.

«Bueno, me gusta la idea,» Daniel estaba bastante entusiasmado. «Realmente, es bastante tonto decir siempre lo mismo. Gracias, mamá. Voy a pensar en eso. Ahora, ¿te puedo contar de mi jonrón?»

La mamá se sentó cómodamente en su sillón favorito. «Por supuesto, Daniel, ahora tengo tiempo.»

«Orar es el acto de abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo» (El Camino a Cristo, p. 93). Así que puedes hablar a Jesús como si fuera tu mejor amigo. Especialmente por la mañana, antes de salir para la escuela, preséntale los planes que tienes para el día. Pregúntale cuáles son los planes de Él para ti. Si hay algo que te gustaría mucho, también se lo puedes decir.

Él ha prometido escuchar y responder tus oraciones. Pero, recuerda que aunque Jesús sea tu Amigo, sigue siendo Dios. Él no persigue a los perros.

¿Persigue Dios a los Perros?

El perro de Panchito se perdió y él oró a Dios para que lo ayudara a encontrarlo. A la mañana siguiente el perro volvió a la casa. Panchito pensó: «Ahora estoy seguro que Dios me ama».

El periquito de Ramón se perdió. Él también oró, pero el pajarito nunca regresó. Él pensó: «Me imagino que Dios no se preocupa por mí. Mejor me olvido de todo lo que tenga que ver con Dios».

Pepe perdió su mejor pelota. Él pidió a Dios que lo ayudara a encontrarla, pero aún sigue perdida, a pesar de las oraciones de Pepe. Alguien le preguntó a Pepe si él seguía creyendo que Dios lo amaba. Él dijo: «Estoy seguro que me ama. Yo no puedo dejar de creer en Dios sólo porque no puedo encontrar mi pelota.»

Hay dos cosas que debieras saber en cuanto a la oración (que a veces ni los adultos entienden). Lo primero es que no debes esperar que Dios te conceda todo lo que le pides. Tus padres no te dan todo lo que les pides, pero tú sigues creyendo que ellos te aman, porque reconoces todas las cosas buenas que ellos hacen por ti.

De la misma manera puedes creer que Dios te ama aunque no responda a tus oraciones de la forma en que desees. Tú sabes que Él te ama porque siempre ha hecho mucho por ti.

Veámoslo de otro modo. Hay muchas personas que no te pueden ayudar a encontrar lo que se te pierde. Si todo lo que Dios hiciera fuera ayudarte a encontrar las cosas que se te pierden, Dios no sería nada más que un perrero, un buscador de pájaros o un buscador de pelotas.

Así también, cuando te enfermas. Hay personas que te pueden ayudar. Dios no quiere que lo amemos sólo porque nos ayuda a encontrar algo o porque nos sana. Él no quiere que lo amemos sólo porque nos ayuda de la misma manera que nos ayuda mucha gente. Él quiere que lo amemos porque Él ha hecho algo por nosotros que nadie en esta tierra podría hacer: Él murió para salvarnos por toda la eternidad.

¿Qué piensas? ¿Dirá la persona que observa la devoción matutina «yo sé que Dios me ama porque me ayudó a encontrar a mi perro»? ¿No es más inteligente decir «encuentre o no a mi perro, yo sé que Dios me ama porque Cristo murió por mí»?

CUMPLIR FIELMENTE CON LA PARTE QUE ME TOCA

La Botella de Duro Trabajo

El carnicero sacudió la cabeza. «Jaime, no olvides lo que te he dicho. Vas a fracasar si no lo haces.»

El carnicero miró a su alrededor. Él y Jaime estaban sentados en una pequeña carnicería.

«Tú has puesto prácticamente todo lo que tienes en esta carnicería, ¿no es cierto?» el carnicero preguntó.

«Sí, he puesto aquí todo el dinero que tengo,» dijo Jaime.

«Es la primera vez que tienes esta clase de negocio?»

«Sí,» dijo Jaime.

El hombre sonrió. «Entonces, tienes mucho que aprender.»

Jaime asintió. «Probablemente que sí.»

El carnicero parecía inteligente. «Por eso yo pensé decirte que lo más importante que necesitas saber es cómo triunfar en el negocio.»

«Gracias,» dijo Jaime, «pero es contrario a mis principios regalar botellas de licor para que el negocio triunfe y no voy a hacerlo.»

«Haz lo que te parezca,» siguió diciendo el carnicero, «pero el anterior dueño de esta carnicería le regalaba botellas de licor todas las semanas al cocinero jefe del hotel. En recompensa, el cocinero compraba aquí toda la carne. Si dejas de regalarle la botella de bebida, él dejará de comprar la carne aquí y vas a fracasar.»

Jaime era hijo de un pastor metodista. Él estaba seguro de que una botella de licor fuerte no sería tan importante para el éxito del negocio como una «botella de duro trabajo». Él trabajaría para tener éxito.

Él haría su parte honestamente. Nada de lo que hiciera. Estaría teñido de mentiras o soborno. Él rehusó regalarle al cocinero del hotel botellas de bebida. Y fracasó en su negocio, como le había advertido el carnicero.

Jaime se quedó sin un centavo. Aparentemente el carnicero tenía razón, ¿no es cierto? Jaime se mantuvo en sus principios.

Consiguió un trabajo temporal con un sueldo reducido. Trabajó tan fuerte que pronto llegó a ser socio del hombre que lo había empleado. No mucho después, llegó a ser dueño del negocio, donde se vendían mercancías en general, camisas, zapatos, sábanas y telas.

En el 1924, abrió en Hamilton, un pueblo de Estados Unidos donde se había criado, una tienda de mercancías en general. ¡Era su tienda número 500!

Probablemente alguno de ustedes haya comprado alguna vez en alguna de las tiendas de Jaime. Él tenía unas 1.700 tiendas cuando murió hace pocos años. Tenía más de 90 años de edad y era multimillonario.

Conoces bien su nombre, lo has visto al frente de alguna tienda: J. C. Penny. Él siempre creía que la mejor manera de tener éxito era haciendo honestamente su trabajo y dando al público buena calidad a precios razonables. Intenta este método, a él le dio resultado. Mira a ver si te da buen resultado a ti también.

Jesús siempre hizo Su parte honestamente. Aun cuando era muchacho, «No quería ser deficiente ni aun en el manejo de las herramientas. Fué perfecto como obrero, como lo fué en carácter. Por Su ejemplo, nos enseñó que es nuestro deber ser laboriosos, y que nuestro trabajo debe cumplirse con exactitud y esmero, y que una labor tal es honorable” (El Deseado de Todas las Gentes, p. 53).

Rosita la Fingidora

Rosita era fingidora. Cada vez que tenía que hacer algo que no le gustaba hacer, se fingía enferma, aunque ya estaba en el colegio superior y debía haber madurado en carácter.

Por ejemplo, si había un examen y Rosita no estaba lista para tomarlo, ella movía los ojos, se frotaba la frente y gemía: «¡Ay! Me siento mal. Hoy no podrá tomar ese examen.»

Después de un tiempo, la señorita Camacho, la enfermera de la escuela, empezó a sospechar. Ella notó que Rosita nunca se enfermaba cuando se trataba de hacer lo que le gustaba. Pero ella tendría que tener mucho cuidado de no acusarla de mentirosa, porque sabía que la muchacha podría armar un escándalo. De manera que la señorita Camacho no dijo nada y esperó la oportunidad.

En el debido momento, Rosita se descubrió a sí misma. Sucedió el fin de semana que la banda del colegio iba a salir a una gira. Rosita era miembro de la banda y se esperaba que fuera, pero, el sábado por la noche habría un programa en el colegio que ella no quería perderse. Yo creo que su novio tenía que ver algo con el asunto, pues le había pedido que se sentara con él.

Así que, justo antes de que la banda saliera el viernes, la señorita Camacho recibió un mensaje: «Dice Rosita que tiene dolor de garganta y que la excuse de salir con la banda».

«¡Ah! ¿Sí?» se dijo la señorita Camacho. Ella examinó pacientemente a Rosita. «No tienes nada,» le dijo.

«Pero me siento ma,l» se lamentó Rosita.

«Hablaré con el director de la banda,» dijo la señorita Camacho.

El director de la banda dijo: «Rosita tiene que cantar como solista. Ella debe ir.» Quejándose y llorando, Rosita subió al autobús.

Se sentó en la parte de atrás, alimentando su tristeza y trazando unos planes. Ella no hizo muchos comentarios hasta que el autobús llegó cerca del pueblo donde se presentaría el primer programa.

Entonces ella se lamentó con voz lastimera: «Me siento tan enferma! Me duele la garganta y quiero volver al colegio.» Uno de los miembros de la iglesia donde la banda iba a tocar la escuchó y, no sabiendo lo mentirosa que era, la llevó en su automóvil de regreso hasta el colegio esa noche. ¡300 kilómetros!

Rosita se sentía contenta con ella misma. Su plan le había salido bien. Estaba de regreso en el colegio. Sólo le quedaba un problema. La señorita Camacho había dado órdenes de que cualquiera que dejara de ir a la escuela sabática tendría que quedarse en el dormitorio el sábado de noche.

Rosita se vistió para ir al programa. Pero la señorita Camacho la vio por el pasillo. «Así que, mi muchachita que estaba tan enferma que tuvieron que traerla de regreso pudo levantarse esta mañana. ¡Oh, no! Las muchachas que están tan enfermas, deben quedarse en la casa. Vuelve a tu cuarto.»

Todo ese día Rosita estuvo en cama y también todo el domingo. Ella tuvo que tomar una dosis de purgante y un montón de otras medicinas que sabían muy mal. «Si ella está enferma,» me dijo la señorita Camacho, «yo decidí curarla.»

Quizás tú te estés preguntando: ¿le bastó eso a Rosita? Yo también quisiera saber. Pero hay que tener cuidado al tratar a los mentirosos y a los que saben fingir.

Rosita recibió lo que necesitaba y nunca más volvió a fingir. Pero algunos jóvenes no tienen todas las maravillosas oportunidades que tienen los jóvenes adventistas. A algunos les han enseñado que es correcto engañar.

Ellos han crecido creyendo que el mundo está contra ellos, y que la única forma de salir adelante es haciendo fraudes y siendo deshonestos.

Algunos de estos desgraciados jóvenes terminan en un reformatorio o en la cárcel. Si alguna vez encuentras uno de ellos, tendrás que pedirle a Dios sabiduría y tacto para saber cómo tratarlos.

Recuerda que es sólo por la gracia de Dios que puedes hacer tu parte honestamente; la gracia de Dios puede ayudar al peor de los jóvenes a cambiar su vida y hacer cosas honestas también. Quizás Dios quiera usarte para ayudarles a que se verifique en ellos este cambio maravilloso.

¿Sería Fiel Felipe?

Una noche tormentosa, clavé la vista indeciso en la ventana de una cabaña rústica. Una pregunta me daba vueltas en la mente: «Habría hecho Felipe lo que le había pedido que hiciera?» Si lo había hecho, podría irme a dormir tranquilo. Si no lo había hecho yo estaría en el proceso de perder miles de pesos.

Me dirigía a la puerta de salida de la cabaña y miré afuera. Estábamos acampando los Conquistadores, dos consejeros y yo. La lluvia caía sin descanso, provocada por un gran viento que llevaba la tormenta a través de las ventanas abiertas y lanzaba las gotas de agua contra las camas sin protección.

¿Debía ir dando traspies por todo ese lodo y agua, a la una de la mañana? ¿Habría hecho Felipe lo que le había dicho? ¡Si pudiera saberlo! Mi mente regresó a esa tarde.

Casi todos habían salido a dar una caminata. Después había llevado de regreso al campamento a todos los que cupieron en mi automóvil. Algunas de las muchachitas dejaron sus suéteres en el asiento de adelante. Antes de anochecer, me los habían pedido.

Felipe estaba cerca, así que volví a él y le dije: «Felipe. ve a mi carro, por favor, y coge todos los suéteres que encuentres y cierra bien el carro». Felipe regresó en pocos minutos con los suéteres y yo no pensé más en el asunto.

Más tarde, no mucho antes de la medianoche, empezó a llover. Por supuesto, yo estaba ansioso de saber si todos los muchachos estaban secos y acostados en sus camas. De pronto, un pensamiento cruzó mi mente: «¿Qué le pasaría a mi carro?»

La última vez que lo había visto, tenía las ventanas abiertas. Los excursionistas las habían dejado así. Con las ventanas abiertas, el viento habría metido adentro la lluvia. Los asientos se mancharían. Las alfombras del piso se empaparían. Tendría que comprar nuevos forros para los asientos y quizás también las alfombras del piso.

Eso me costaría mucho dinero. ¡Y las ventanas estarían abiertas, a menos que Felipe las hubiera cerrado como le pedí! ¿Sería confiable Felipe? Si lo era, podría acostarme y dormir. Si no lo era, de la manera que soplabla la tormenta, habría más que forros y alfombras que cambiar a la mañana siguiente.

Protestando, me senté a la orilla de la cama, me enrollé los pantalones de la pijama, me puse los zapatos, fríos, húmedos y tiesos en los pies desnudos. Luego me paré en la puerta para mirar afuera.

¿Tendría que salir bajo esa lluvia? ¡Mejor hacerlo de una vez! Me tiré encima una capa y salí. El débil rayo de mi linterna reflejaba los charcos de agua que cada vez eran más grandes. La luz me guiaba entre los montones de lodo en el camino, bajo árboles que goteaban agua, y sobre el resbaloso puente de madera.

Por fin, allí estaba el carro. ¿Tenía cerradas las ventanas? ¡Sí! Felipe había hecho exactamente lo que yo le había pedido. ¡No tenía que preocuparme por nada!

Mientras me acomodaba en la cama algunos minutos más tarde, y mientras casi me dormía, mi último pensamiento fue: «Gracias, Felipe, por hacer honestamente tu parte. La próxima vez, sé que podré confiar completamente en ti».

Es agradable y satisfactorio que un hombre pueda pensar así de un muchacho, ¡especialmente si hay tormenta! Siempre podrás sentirte así en cuanto un muchacho o una niña que, por la gracia de Dios, haga su parte honestamente.

CUIDAR MI CUERPO

La Reforma Pro-salud

Los Adventistas del Séptimo Día tienen mucho que decir de la reforma pro-salud. Lo que muchos jóvenes adventistas no comprenden es cómo Elena de White escribió tanto en cuanto a vivir saludable y tantos de los pioneros de la Iglesia eran enfermizos.

Elena misma recibió una pedrada en la nariz cuando tenía 9 años de edad, y seguramente ustedes han oído esto. Después de eso, ella estuvo enferma por años, por lo que no pudo ir más a la escuela. Otros pioneros empezaron gozando de buena salud, pero trabajaron tanto que se enfermaron.

El joven Jaime White era tan vigoroso que cuando necesitó dinero para imprimir nuestra primera revista, *La Verdad Presente*, él sólo segó cuarenta acres de terreno con una guadaña. Si crees que esto es fácil, trata de segar un lote vacío y recuerda que debe haber unos 200 lotes de la ciudad en cuarenta acres.

Más tarde, cuando los White necesitaron dinero, otra vez, Jaime consiguió un trabajo para segar otro campo. Esta vez, había varios segadores. Estos hombres segarían tan rápido que él parecería un enclenque.

Bien, comenzaron y Jaime White segaba tan rápido y continuado, sin siquiera tornar un descanso, que finalmente los hombres quedaron agotados y le rogaron que se detuviera un poco para que ellos pudieran descansar.

Esto demuestra lo saludable que era Jaime White. Pero él no sabía cómo cuidar su salud y dentro de pocos años sufrió un ataque al corazón y tuvo que ir a un hospital y recibir tratamientos durante más de un año. Él no pudo predicar, ni tampoco pudo la Sra. de White, pues tenía que cuidarlo.

Pareciera que el único pionero que tenía buena salud era José Bates y él había decidido en su mente cuidar su cuerpo mientras era todavía un marinero joven. Él decidió que, aunque casi todos los demás marineros tomaban bebidas alcohólicas, él no probaría ni una gota.

Él cuidaba su cuerpo de otro modo también. Él se negó a comer especias picantes y narcóticos. Las drogas no eran para él.

Después de dejar de trabajar en los mares, hacía grandes caminatas, aunque estuviera nevando. Dios necesitaba que se hiciera Su obra. El mundo debía ser alertado de que Jesús vendría pronto. Pero casi todas las personas

que estaban dispuestas a predicar ese importante mensaje, estaban enfermas y no sabían cómo curarse.

Ellos estaban bastante seguros de que el alcohol, el tabaco, el té y el café eran malos para la salud y los White estaban bastante convencidos de que los alimentos fritos eran malos también. Había muchos «reformadores de la salud» que no eran adventistas y estaban publicando toda clase de teorías en cuanto a mantenerse bien, incluyendo un señor llamado Silvestre Graham, que inventó la harina Graham (para hacer las galletas que llevan su nombre). ¿Cuáles teorías eran correctas y cuáles no? Los pioneros adventistas necesitaban a alguien que los guiara.

Por eso Dios le dio a Elena de White una visión de vivir saludable. En esa visión, y en otras que ella recibió más tarde, Él le mostró lo sencillo que es mantenerse saludable. Hacer bastante ejercicio, respirar aire puro y fresco. Comer alimentos sencillos, frutas, granos y nueces. Beber agua pura y también bañarse.

Eso es todo. Es tan sencillo que no hay que ser Conquistador para entenderlo. Es lo suficientemente sencillo para que aun los Conquistadores puedan entenderlo. Pero el alboroto que la gente hace de la «reforma pro-salud» te habrá hecho pensar que es algo terriblemente difícil y complicado.

Pero no lo es! Por supuesto, significa que no debemos fumar, ni tomar cerveza, vino, té o café. Ni tampoco bebidas a base de cola, porque tienen tanta cafeína como el café. Significa que tampoco comeremos carne, incluyendo hamburguesas. ¿Quién quiere hacer de su cuerpo la tumba de una vaca muerta? Por supuesto, nadie en pleno uso de sus facultades usará drogas como la marihuana, la heroína o el ácido lisérgico (LSD).

Nos acostaremos temprano para despertar alertas por la mañana. No comeremos pedacitos de dulces y caramelos o helados entre las comidas. Para poder estar listos, debemos comer buenos alimentos que edifican el cuerpo humano cuando llegue el momento apropiado.

Cuando tienes 13 o 14 años y creces rápido, comes tanto que tu mamá dice que acabas con el sueldo de papá. Cuando creces rápido, necesitas comer buenos alimentos tres veces al día. Más tarde, cuando hayas crecido por completo, podrás decidirte por dos comidas al día. Elena de White descubrió que era lo mejor para ella, cuando ella era mucho mayor de lo que eres tú ahora.

Siento tener que decirte que los pioneros de nuestra Iglesia discutieron con Elena de White en cuanto al mensaje de salud. Pero Jaime White hizo lo mejor que pudo por seguirlo. Pudo recobrar bastante salud y vivir hasta los 60 años, trabajando fuerte todos los días. En cuanto a Elena de White misma, aunque fue enfermiza de niña, su salud mejoró y pudo vivir hasta los 87 años.

Vale la pena que cuides tu cuerpo. Mientras más temprano en la vida empieces, tanto mejor. Supongo que estarás contento de saber estas cosas desde ahora para poder empezar con tiempo, ¿no es cierto?

Decisión Desde el Principio

La habitación estaba llena de muchachos. Ya casi era la hora de comer. Un hombre entró, dio dos palmadas y todos quedaron en silencio. «Tengo un anuncio importante que hacer,» dijo el hombre. «El rey ha decidido que de ahora en adelante la alimentación de ustedes va a ser igual que la del rey, la mejor y más delicada alimentación del país. Él espera que ustedes coman bien para que puedan ayudarle a extender la gloria y el poder de su reino.»

Se abrieron otras puertas y entraron sirvientes llevando bandejas llenas de alimentos exóticos. ¡Cerdos, jamones, quizás pavos asados y grandes botellas de vino! Se escucharon muchas expresiones de alegría. ¡Qué comida! ¡Qué comida tan perfectamente deliciosa! ¡No sería necesario que el rey los obligara a comer!

Pero había cuatro muchachos que no estaban contentos. Eran jovencitos. Se habían criado en hogares donde se adoraba a Dios y toda sus vidas habían sido enseñados que no debían comer esas cosas.

Ya los sirvientes habían colocado frente a ellos platos llenos de estos alimentos. ¿Por qué no comerlos? Sus familias no se enterarían. Sus casas quedaban a 900 kilómetros de distancia, yendo por el camino más corto.

Los cuatro muchachos miraron a su alrededor. Todos los demás ya estaban comiendo. Si sólo cuatro dejaban de comer, seguramente se burlarían de ellos. ¡O quizás les pasaría algo peor!

El rey había prometido darles educación. Iban a ser enseñados para ser gobernantes y ayudantes del imperio. Si ellos proseguían ahora, estudiarían y más adelante serían nombrados para ocupar puestos importantes en distintos lugares y podrían ejercer una tremenda influencia para el bien más tarde.

Pero si ellos molestaban ahora con algo sin importancia, desde el mismo principio, probablemente los echarían fuera. Serían acusados de no respetar al rey y no apreciar lo que el rey quería para ellos. No recibirían educación ni ocuparían posiciones en el gobierno, ni tendrían oportunidad de contar a la gente en cuanto al amor de Dios.

¡Quizás perderían hasta la vida! Quizás sería mejor por el momento fingir, hacer que hacían los demás y establecerse como ciudadanos regulares. ¡Ya habría tiempo más adelante para hacer los cambios, para dar a conocer a la gente que ellos adoraban a Dios!

¡Pero, miren! ¡Miren a esos cuatro muchachos! Se están levantando de la mesa! ¡Se dirigen para hablar con el encargado! ¡Le están diciendo que ellos no pueden comer la comida del rey porque su religión no se los permite!

«¡Esperen, muchachos, no se precipiten tanto!» ¡Los cuatro muchachos no nos escuchan! Ellos están hablando con otro de los oficiales, pidiéndole que les sirvan comidas sencillas y que les den diez días de prueba.

Por supuesto, tú conoces la historia. Pero, ¿te das cuenta de que hacer lo correcto desde el principio permitió a estos muchachos establecer el curso que sus vidas seguiría durante todos los años que vivieron en Babilonia? Hicieron lo correcto desde el principio.

Porque se mantuvieron fieles a Dios desde el principio, ejercieron una influencia para el bien en todo el imperio por el resto de sus vidas, y han sido una influencia para el bien en todo el mundo durante los 2.500 años que han pasado desde sus muertes.

Tú estás en el mismo principio de la vida. Decide como Daniel y sus compañeros cuidar de tu cuerpo. un cuerpo saludable y, por la gracia de Dios, podrás hasta hacer un mejor trabajo para Dios del que hicieron esos cuatro valientes muchachos!

TENER UNA MIRADA FRANCA

Aun Cuando No Sea Fácil

Bien, ésta no es una expresión muy corriente, ¿no es cierto? ¡Tener una mirada franca! ¿Qué significa eso? Pedro trataba de entenderlo en su lugarcito secreto en el bosque. Muchos Conquistadores han tratado de entenderlo también.

¿Sabes lo que significa? Cuando prometes tener una mirada franca, prometes hacer lo que sabes que es correcto, aunque no sea fácil. Yo creía que significaba solamente que no se debía engañar o mentir o cometer actos sexuales impuros. Pero entonces conocí a un muchacho.

Siento tener que decir que ese muchacho hacía trampas y mentía y lo miraba a uno directamente a los ojos aunque estuviera tratando de sacarle algo a uno de los bolsillos. Por eso me di cuenta de que tener una mirada franca no significa mucho si uno ya le ha cerrado el corazón al espíritu de Dios.

El Profeta Molestoso

En la Biblia hay una historia fascinante de un profeta molesto, y lo que lo hacía molesto era que siempre tenía una mirada franca. Cuando Josafat vivía en Jerusalén como rey de las dos tribus de Judá y Acab vivía en Samaria como rey de las diez tribus de Israel, los dos reyes unieron sus ejércitos en una guerra contra Asiria. Lo interesante de esta alianza era que Josafat era bueno y Acab era malo.

Antes de que empezara la batalla, los dos reyes estaban sentados conversando en Samaria y Josafat le dijo a Acab: «Vamos a preguntarle a Dios si debemos iniciar esta guerra».

Imagínate: ya ellos habían decidido que iban a pelear. Hay personas que actúan así. Primero deciden hacer algo y luego oran. Eso no le da mucha oportunidad a Dios para guiarlos, ¿no es cierto?

Acab reunió a cuatrocientos profetas, pero ellos eran casi todos malos como él mismo. Ellos sabían lo que Acab quería que ellos le dijeran, así que se lo dijeron. «Sube, porque Jehová la entregará en mano de rey» (1 Reyes 22:6).

A Josafat no le gustó la expresión de estos «profetas». Sin duda, no se parecían a los profetas buenos, puros y temerosos de Dios que vivían en

Jerusalén. Así que le dijo a Acab: «¿No tienes un profeta de Dios a quien podamos preguntarle?»

Estoy seguro que el rey Acab se retorció en su asiento. «Sí,» se enredó, «hay otro hombre. Se llama Miqueas, pero no me gusta. Nunca profetiza nada bueno acerca de mí.»

Josafat dijo que debían escuchar lo que tendría que decir Miqueas. De mala gana, envió Acab un mensajero para buscar a Miqueas. Cuando se dirigían al palacio real, el mensajero le contó a Miqueas lo que los otros profetas habían dicho y le aconsejó que dijera lo mismo.

Cuando Miqueas llegó, Acab le preguntó: «¿Debemos ir contra los asirios o no?»

Miqueas dijo: «Sí. adelante. Dios te dará la victoria.» Ahora, escucha bien lo que pasó después. El rey Acab le dijo a Miqueas: «¿Cuántas veces te he dicho que me digas sólo lo que Dios te dice que me digas?»

¡Sólo un buen profeta entre cuatrocientos profetas malos y hasta el malvado rey Acab se daba cuenta de la diferencia! Yo creo que Miqueas era un hombre que tenía una mirada franca. Entonces Miqueas le dijo a Acab que si ellos salían a pelear, él moriría y su ejército sería esparcido, «como ovejas que no tienen pastor».

Eso fue exactamente lo que sucedió. Los trabajadores estaban lavando los carros después de la batalla, llegaron perros y lamieron su sangre, tal como Dios había dicho. Fue un final horrible. Puedes leer el relato en 1 Reyes 22:1-40.

Sí, Miqueas tenía una mirada franca. También la tenían los tres amigos de Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego. Pero, ¿y Jacob, la mayor parte de su niñez y juventud? ¿y Labán? ¿y Ananías y Safira? ¿Crees que ellos también tenían miradas francas?

La Mirada de Nancy

Por suerte, no tenemos que ir tan atrás a los antiguos relatos de la Biblia para descubrir qué significa una mirada franca. Un día se me acercó Nancy bien turbada. Ella me dijo que había robado algo de la casa de unos amigos y quería saber lo que debía hacer para arreglar el asunto.

Yo le dije que ella no tenía que decirme quiénes eran las personas o qué era lo que había robado. Pero le recordé el texto bíblico que dice «confesaos vuestras faltas unos a otros» (Santiago 5:16).

«¡Ay! Yo no podría hacerlo,» dijo ella.

«Veamos,» le dije, «estoy seguro que esa gente te tratará mucho mejor de lo que piensas. Si quieres, te puedo acompañar.»

«¡No! ¡No me acompañe!» exclamó ella. «Debo ir, debo ir sola.»

«Bien,» le dije. «Creo que será mejor así. Yo voy a orar. La gracia de Dios te ayudará. Cuando hayas confesado a esa gente, regresa y cuéntame lo que pasó.»

Nancy palideció.

«No, no, por favor, nunca más mencione usted este asunto.»

«Bien, no lo haré, pero cuando hayas hecho lo correcto, yo me voy a dar cuenta de todos modos.»

«¿Cómo? » preguntó ella.

«Ajá! Ese es mi secreto. Pero lo sabré. Puedes estar segura.»

Después de esa conversación, visité varias veces el colegio donde estudiaba Nancy y la vi varias veces. Cada vez que me la encontraba, ella trataba de esquivarme. Si yo iba por este lado, ella trataba de ir por el otro, mirando los guardarropas o hacia afuera por las ventanas. Yo me decía: «Todavía Nancy no ha ido a pedir perdón.»

Entonces, un día, cuando fui de nuevo a la escuela, me encontré a Nancy en la mitad del pasillo. Ella me vio en seguida y vino caminando derecho a donde yo estaba, sonriendo y mirándome a la cara.

«Ya has arreglado todo con esas personas, ¿no es cierto, Nancy?» le pregunté.

«Sí,» dijo ella, «pero, ¿cómo lo sabe usted?»

¿Cómo yo lo sabía? ¿Tengo que decírtelo? Podrá ser difícil tener una mirada franca todo el tiempo, pero, sin duda, es la mejor manera de vivir. Y por la gracia de Dios, tú puedes tenerla siempre.

SER CORTÉS Y OBEDIENTE

Un Ejemplo Digno de Notarse

Si investigas la vida completa de Jesús, encontrarás que nunca fue descortés con nadie. Nunca avergonzó a nadie, y aunque algunos que trataron de avergonzarlo, salieron ellos mismos avergonzados. Los fariseos que le llevaron la mujer descubierta en adulterio y le preguntaron si debían no apedrearla, en realidad pensaron que esta vez Jesús caería en la trampa.

Estaban tan seguros de que Jesús saldría avergonzado que se reían en camino al templo. Estoy seguro que se reían. Pero cuando llegaron, sucedió algo extraño. Según lo tenían planeado, si Jesús decía que la mujer debía ser apedreada, lo acusarían de transgredir las leyes de Roma, porque los romanos decían que no se les permitiría a los judíos matar a nadie. Pero si Jesús decía que ella no debía ser apedreada, lo acusarían de transgredir las leyes de Moisés, porque Moisés había dicho que cualquiera que cometiera adulterio debía ser apedreado hasta morir. (Véase Levítico 20: 10).

Para la gran sorpresa de los fariseos, Jesús dijo sencillamente: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella» (Juan 8:7). Luego se inclinó y empezó a escribir con sus dedos en el polvo del piso del templo. Cuando los fariseos se acercaron para ver lo que estaba escribiendo, vieron que Jesús estaba tranquilamente haciendo una lista de sus pecados secretos.

Uno por uno, esos orgullosos hombres se dieron vuelta y se escabulleron como perros azotados. ¡Qué avergonzados se quedaron! Sin embargo, tenían que admitir que Jesús los había tratado con la más extrema cortesía y en forma mucho más bondadosa de la que se merecían.

Así era Jesús, siempre cortés. Hasta con Judas, aunque Él sabía que Judas lo traicionaría.

Jesús empezó este hábito de ser cortés desde que era niño. «Durante Su infancia, Jesús manifestó una disposición especialmente amable. Sus manos voluntarias estaban siempre listas para servir a otros. Revelaba una paciencia que nada podía perturbar» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 49). Jesús, «con fidelidad y alegría desempeñó Su parte en llevar las cargas de la familia» (Ibíd., p. 52).

Su vida se derramó en raudales de simpatía y ternura. Los ancianos, los triste y lo apesadumbrados por el pecado, los niños que jugaban con gozo

inocente, los pequeños seres de los vergeles, las pacientes bestias de carga, todos eran más felices a causa de su presencia” (Ibíd., pág. 54).

La Biblia cuenta que después del viaje a Jerusalén con motivo de la pascua, Él regresó a Nazaret con sus padres y «estaba sujeto a ellos» (Lucas 2:31). ¡Ya entonces era un jovencito!

«Jesús no contendía por Sus derechos. Con frecuencia Su trabajo resultaba innecesariamente penoso porque era voluntario y no Se quejaba. Sin embargo, no desmayaba ni Se desanimaba» (ibíd., p. 68). ¡Cuánto le amamos por haber sido tan cortés y obediente toda Su vida!

Los Pantalones Largos de Juanita

Hacía mucho frío el día en que Juanita hubiera querido haber sido cortés y obediente con sus padres. Juanita fue a la escuela en la estación de bomberos. Ella no era la encargada de sonar la sirena o tocar las campanas o usar las mangueras para apagar el fuego.

Había demasiados niños en el edificio de la escuela, así que la clase de Juanita se había mudado a una habitación encima de la estación de bomberos. Esa aula en la estación de bomberos era muy estricta. Pero, aunque tenían todas las clases en la estación, los niños iban al edificio de la escuela todos los días para almorzar. Una camioneta los llevaba y los traía de regreso.

Al llegar el invierno, la mamá de Juanita le dijo: «Cada vez que vayas al comedor, quiero que te pongas estos pantalones largos por debajo.» Juanita vivía en un lugar donde caía nieve en el invierno. Ahora bien, los menores que son suficientemente grandes para ser Conquistadores saben que siempre da buen resultado obedecer a mamá. ¡Pero a veces hasta a los Conquistadores se les olvida!

En lugar de Juanita decir: «Gracias, mamá, por decirme lo que me conviene hacer», levantó la nariz y le dijo a la mamá algunas cosas que te quedarías pasmado si las supieras. Cuando llegó la hora de almorzar, ella dejó los pantalones en el guardarropa y fue sin ellos.

Nada le pasó, tal como ella pensó, y mamá no supo nada más. No hasta ese momento. Entonces llegó un día triste de febrero. Juanita misma me lo contó.

«Después que habíamos almorzado,» me dijo, «un grupo de niñas nos dispusimos a correr para ver quién llegaba primero del comedor a la

camioneta.» Salieron tan rápidamente como podían por el corredor hasta la puerta al final del edificio.

«Entre la puerta y la camioneta,» siguió contándome Juanita, «había un declive mojado. Las otras niñas corrieron a cierta velocidad pero yo estaba segura de que otro lugar sería menos resbaloso, así que corrí por allí, pensando que era muy inteligente.

«¡Me equivoqué! Me caí y un hombre tuvo que ir a levantarme. Miré a mis piernas y las tenía todas cortadas. ¡Si hubiera tenido puestos mis pantalones largos! Pero lo peor fue cuando llegué al aula.»

El hombre la llevó a la maestra que le untó Mertiolate y le puso vendas y le preguntó si tenía más heridas. Entonces fue cuando Juanita descubrió que tenía una herida profunda y terrible de diez centímetros de largo, que no había notado porque tenía las piernas muy frías.

La mamá supo las cosas, por supuesto. ¡Qué momentos más malos pasó Juanita! Tuvo que ir al médico y al hospital, tuvo que ser operada y tuvo que pasar cuatro semanas en cama. Después de todo eso, le quedó una cicatriz para siempre.

«¡Si yo hubiera tenido puestos mis pantalones largos!» decía Juanita. «Me hubiera protegido las piernas y no hubiera recibido heridas». Por supuesto, eso no le hubiera pasado si ... pero yo sé que a ti no te gustan las moralejas, por eso no voy a decir nada más.

Si malo es ser descortés con la mamá, ¿qué sería ser descortés con tu rey? Eso le pasó a una pobre mujer. Lo que demuestra la importancia de ser corteses aun con los extraños. Todo forma parte de la verdadera historia del rey que quemó el pan hace mucho tiempo.

El Rey Que Quemó el Pan

Aunque sucedió en una casita hace casi doscientos años, la descortesía de una mujer ha sido tema de comentario desde entonces en todas partes del mundo.

Sucedió allá por el año 800. Los habitantes de Inglaterra tenían muchos problemas y el rey, que se llamaba Alfredo, quería ayudarlos. Así que se quitó sus vestidos reales y se vistió como un hombre de la calle y empezó a visitar el reino, pasando las noches en diferentes casas.

Un día, cansado de viajar y preocupado por tantos problemas, le pidió a una mujer que lo dejara entrar en su casa y descansar. «Sí, por supuesto,

entre,» dijo ella. «Puede sentarse al lado de la estufa y cuidar el pan que se está horneando. Y, ¡por nada del mundo lo deje quemar!»

El rey Alfredo se sentó cerca del fuego y la mujer siguió haciendo sus quehaceres domésticos. El rey empezó a pensar de nuevo en la forma en que podría ayudar a su pueblo, y de pronto, la mujer empezó a oler algo quemado. Ella se apuró hacia la estufa a y vio lo que esperaba: ¡el pan se estaba quemando y el visitante estaba soñando despierto al lado del fuego!

«¡Despiértate, vagabundo!» gritó ella. «¡Vete de esta casa!» y cogió una escoba para obligarlo a salir de la casa. El rey Alfredo obedeció humildemente.

Espero que de alguna manera esa mujer nunca descubriera que era al rey a quien ella había tratado así. Si lo hubiera sabido, ¡qué avergonzada se sentiría! ¿No es cierto? Pero supongo que cuando somos descorteses, nos exponemos a ser puestos en apuros, ¿no es verdad? Ahora debo contarte en cuanto a las muecas de Gregorio y lo que les pasó a esas muecas.

Las Muecas de Gregorio

Sucedió en un campamento hace algunos años. Gregorio llegó con una expresión de suprema satisfacción en su rostro. Cuando el autobús llegó a una parada cerca del edificio principal, él observó los alrededores como el que ve un barquillo de helado, o más propiamente, como una lechuza que estudia una bandada de gorriones, o un tiburón que mira un banco de peces. Gregorio estaba planeando dar problemas.

En la fogata de esa noche, su sonrisa se hizo más amplia. El director del campamento, el señor Suárez, dedicó quince minutos a explicar las reglas del campamento. «Yo sé que todos quieren cooperar,» dijo el señor Suárez. Gregorio hizo una mueca.

«Me gustan las reglas,» pensó. «Ellas hacen muy fácil molestar a los directores. Todos esos viejos quisquillosos no pueden realmente hacerte nada.»

Mientras el sueño lo vencía en su cama, todavía estaba haciendo muecas. ¡Él tenía sus planes! El toque de diana despertó a los muchachos a la mañana siguiente, como siempre sucede en el campamento. Gregorio escuchó a la voz de su consejero decir: «Buenos días, muchachos. Vamos a ver si nuestra unidad puede ser la unidad de honor hoy.»

«Sí, señor Alonso,» dijo Julio. Andrés y Alejandro y el resto de los muchachos se pusieron en movimiento. Gregorio hizo sus muecas y no dijo nada.



En la inspección de la caseta esa mañana, ocho camas, contando la del consejero, estaban nítidas y arregladas. La de Gregorio era un montón de sábanas y frazadas, y fue sólo porque Julio y Andrés llegaron instantes antes y arreglaron la cama, que la caseta pudo estar lista para cuando llegó la inspección.

El señor Alonso le habló aparte a Gregorio. «Tú vas a trabajar junto con los demás muchachos para que nuestra caseta sea la mejor, ¿no es cierto, Gregorio?»

«¿Si no quiero hacerlo?» respondió Gregorio.

Algo parecido sucedió después del almuerzo. Le tocaba el

turno a la unidad de los Coyotes para limpiar la cocina. Gregorio no se apareció. Él se deslizó tan pronto como terminó de almorzar y ni siquiera lavó sus propios platos. Platos sucios sobre la mesa significan puntos de

menos, así que Julio y Andrés lavaron los platos de Gregorio. Gregorio no dijo ni gracias.

Después de la cena los Coyotes eran los encargados de hacer la fogata. Mientras los otros muchachos cargaban los pesados troncos, Gregorio arrancaba pedazos de corteza y se los tiraba a los otros muchachos.

El señor Alonso le pidió varias veces que se uniera al grupo y trabajara con los demás muchachos. Gregorio le contestó la última vez: «Mire a ver si puede obligarme.» Eso fue el primer día.

El segundo día empezó más o menos lo mismo. Gregorio regó pintura durante la clase de dibujo y, después del almuerzo, cuando los Coyotes tenían que recoger los papeles, el señor Alonso descubrió a Gregorio regando papeles.

«Me tienes cansado,» le dijo el señor Alonso.

Gregorio le contestó: «¡Magnífico!»

«Lo que necesitas probablemente, es una buena zurra,» dijo el señor Alonso.

«¡Ja, ja!» se rió Gregorio. «Usted me pone la mano encima y mi mamá le va a dar un problema que usted se va a arrepentir de haberle hecho. ¡Usted no puede hacerme nada!» Sus muecas eran superiores en ese momento.

Estoy seguro que ustedes no quieren que este sea el fin de la historia, ¿no es cierto? Pero, de ahí en adelante, el señor Alonso no dijo nada.

Pocos minutos más tarde, sonó el timbre para el período de descanso, y todos los Coyotes trataron de descansar. Todos, excepto Gregorio, que saltaba en su cama, silbaba entre sus dedos y gritaba a través de la ventana a cualquier ardilla que pasaba.

El señor Alonso no estaba en la caseta. Parece que estaba ocupado en otro lado. ¡Bien por Gregorio! De pronto se abrió la puerta y Gregorio miró para ver quién entraba. Allí estaban el señor Alonso y el señor Torres, el director del campamento. Gregorio les hizo una mueca.

«Enrolla tu cama, Gregorio,» le mandó el director. No había forma de desobedecerlo por la forma en que lo dijo. «Julio, Andrés y Alejandro, ¿quieren por favor coger la maleta de Gregorio y sus zapatos extra? Luego vengan todos conmigo.»

Las muecas de Gregorio parecieron helarse en su cara por unos momentos. Luego revivieron. «Ahora sí que he logrado molestar a los directores.»

Gregorio enrolló su litera, luego todos siguieron al señor Torres. ¡Imagínense lo que es tener a tantos muchachos trabajando para uno! Era como ir de cacería en el África en los tiempos antiguos.

El señor Torres dirigió al grupo hasta su propia caseta. Allí dio las gracias a los demás muchachos y los envió de vuelta, pero le dijo a Gregorio que se quedara.

«Siéntate, muchacho,» dijo. «El señor Alonso me ha contado que todo el tiempo has estado molestando, y que has sido el acampante menos listo a cooperar que él ha visto en su vida.»

Gregorio asintió. Sus planes habían funcionado mejor de lo que había imaginado. «El señor Alonso y yo hemos decidido que debernos hacer algo drástico contigo, para tu propio bien. Tememos que te vas a buscar problemas más serios cuando crezcas si sigues portándote así.» ¡De nuevo, lo mismo!

«Desde ahora hasta que se acabe el campamento, vas a dormir aquí en mi caseta. Vas a comer en mi mesa, vas a estar a cuatro y medio metros de mí todo el tiempo, y será tu responsabilidad ver que nunca te pases de esos cuatro y medio metros en ningún momento. Si en cualquier momento te vas más lejos, te mandaré a tu casa. ¿Entendido?»

«Sí.» Gregorio todavía estaba guiñando los ojos. Él estaba seguro que no daría resultado. Nadie jamás lo había obligado a hacer algo que no quería hacer, ni aun su propia mamá. Pero Gregorio se iba a sorprender.

El director del campamento llevó a cabo sus planes y durante cinco días y medio, tuvo que dormir a su lado, comer a su lado, lavarse la cara a su lado, y caminar detrás de él a dondequiera que iba.

Ya para el segundo día, las muecas y los guiños de Gregorio habían desaparecido. Cuando llegó el último día del campamento, habían sido reemplazadas por la expresión más triste e inconforme que te puedas imaginar.

Los muchachos le pusieron un apodo, «el cachorrito», y las niñas lo llamaban «el corderito de María». Cuando piensas en el buen tiempo que los muchachos pasan en los campamentos, es triste creer que Gregorio planeó divertirse de otro modo que no fuera siendo cortés y obediente, como prometen los Conquistadores cuando repiten la Ley y el Voto del Conquistador

ANDAR CON REVERENCIA EN LA CASA DE DIOS

El Susto de Santiago

Santiago no se sentó en la fila de adelante en la escuela sabática porque quiso. No, sino que había llegado tarde y no encontró otro lugar donde sentarse. ¡Cómo odiaba la primera fila! Imagínate la humillación de un muchacho de octavo grado, casi listo para graduarse, tener que sentarse con un montón de muchachos de quinto grado. Sólo había una salida. Él se sentó cerca de la mesa donde ponían las revistas para los menores.

En un instante en que la maestra no estaba mirando, cogió una revista de encima de la pila y se dedicó a olvidar sus problemas y a disfrutar lo que leía. Ya había llegado casi a donde decía «sigue en la página 21 » cuando la directora anunció: «Esta mañana tenemos una sorpresa para todos. El pastor Miguel León, quien ha sido misionero por muchos años, está aquí para contar sus experiencias.»

¡Ah! ¡ah!, bostezó Santiago. La directora siguió: «Por favor, préstemosle la mayor atención,»

El pastor contó un relato emocionante. El salón estaba tan en silencio que uno hubiera podido escuchar la caída de un alfiler, excepto por la voz del orador y el sonido que hacía Santiago al volver las páginas.

Sin que nada se lo advirtiera, de pronto, ¡ya no tenía el papel en las manos! En su lugar, estaba mirando la cara del orador. «Joven,» estaba diciendo el misionero, «¿Cómo es que usted está leyendo mientras yo estoy hablando? ¿No sabe que he viajado miles de kilómetros para hablar en su escuela sabática?» Luego el orador siguió hablando y Santiago encontró el relato interesante y fascinante.

«¿Cómo empezó el relato?» preguntó al que le quedaba al lado. Pero Fred ni siquiera lo escuchó. Se volvió hacia Héctor al otro lado, «De qué se trata?»

Héctor no respondió tampoco. En ese momento terminó el relato, y Nidia, Elisa y Enrique estaban rogando: «Por favor, pastor León, cuéntenos otro relato.»

«No, muchachos, ya no tenemos tiempo,» dijo el pastor. «¡Adiós!»

Entonces Santiago notó que el pastor León lo estaba mirando de nuevo. El misionero se dirigió rápidamente al montón de revistas sobre la mesa y las cogió todas.

«Joven,» le dijo, «usted quería leer estas revistas mientras yo estaba hablando. Ya terminé. Ahora puede leerlas todas.»

El misionero puso el montón de revistas sobre las piernas de Santiago y salió. Santiago se levantó y las puso todas de nuevo sobre la mesa, pensando: «Esta será la última vez que lea en la escuela sabática.»

Hay muchos Conquistadores que sinceramente quieren «andar con reverencia en la casa de Dios» y quisieran que alguien les muestre cómo hacerlo. Ellos saben que Santiago hizo algo incorrecto y no es necesario que alguien les diga que correr en los pasillos del santuario y gritar y contar chiste ciertamente no es «andar con reverencia».

Pero, ¿y durante el sermón? Casi todos los predicadores hablan sólo a los adultos. ¿Qué puede hacer uno durante un sermón pesado?

Qué Hacer Durante el Sermón

A Arturo le resulta terrible tener que prestar atención durante el sermón. Alicia quisiera muchas veces que las doce del día llegaran más pronto. Ricardo se dedica a leer algo y Ana María pinta para entretener a su hermanita Elenita.

Los cuatro creen que debieran escuchar el sermón, pero también quisieran que el culto divino se hiciera más interesante para los menores. A continuación, aparecen algunas ideas para ayudarlos y que también te podrían ayudar a ti.

Lleva lápiz y papel al servicio de la iglesia. Durante el sermón, escribe los textos y las referencias del Espíritu de Profecía que usa el pastor. Cada vez que el predicador anuncie un texto, escribe la referencia. Si lee una cita del Espíritu de Profecía, escribe de qué libro o revista la leyó.

Esta actividad te garantizará que estarás despierto durante el sermón. Si después de un tiempo encuentras que es demasiado fácil, escribe al lado de cada referencia el pensamiento central del texto citado. Como variación, lleva un registro de las veces que el pastor usa ciertas palabras durante el sermón.

Un sábado de mañana, me senté con dos muchachitas y escribí varias palabras importantes mencionadas por el pastor y que las usaba bastante a menudo. Las puse en columna a cada lado de las hojas de papel y le di una a cada niña. Cada vez que el pastor usaba la misma palabra, las muchachitas escribían un «1» al lado. Eso las mantuvo bien concentradas.

El sermón de ese día se llamaba «El Desafío de una Tarea Sin Terminar». Así que la lista empezó con las palabras «desafío», «sin terminar» y «tarea», las cuatro palabras más importantes del título. Debajo de ellas escribimos «fe, mundo, Dios, Jesús, cielo, venida» y algunas otras. Tú puedes hacer lo mismo.

Si haces la lista antes de ir al servicio, tú y tu amigo o amiga podrían tener copias idénticas y, después del culto, podrían comparar notas. Siéntate con tus padres en el santuario, no con tus amigos. Compara las notas con tu amigo o amiga después del culto. Cuando te sientas realmente ambicioso, hay un bosquejo del sermón.

Este es el desafío final y requiere completa atención. Al hacer el bosquejo, escribe los principales puntos del sermón, según los vaya mencionando el predicador. Numéralos: 1, 2, 3, etc. Después de cada punto, escribe los textos o relatos que el predicador usó como ilustración.

Muchas veces los predicadores dicen, «mi próximo punto es . . .». Otras veces dicen, «Hay cuatro lecciones importantes que podemos sacar del texto de hoy». ¡Así será más fácil hacer un bosquejo de su sermón!

Sería más interesante, por supuesto, que alguien más hiciera lo mismo que tú. Si alguien ofreciera un premio, ¡todavía más interesante! Por ejemplo, tu mamá o algún hermano mayor podría mantener contigo un registro de las palabras claves. Entonces, si tus resultados son más o menos los mismos, podrás tener un pedazo extra de postre durante el almuerzo. ¡No sería mala idea!, ¿no es cierto?

Quizás el director de tu división o el director de Conquistadores podría ofrecer un premio al mejor bosquejo del sermón que hagan los miembros del club. Sé de una escuela sabática donde lo hicieron y dio buen resultado. Bosqueja los cuatro sermones de un mes. Pega las hojas en un álbum de recortes y que el pastor sirva de juez. Los mejores álbumes de recorte se llevarían un premio.

Los hermanitos y las hermanitas más pequeños podrían unirse de algún modo a este plan. Una vez, una señora me contó que cuando iba al servicio de la iglesia, su mamá le enseñó a hacer unos dibujitos por cada palabra que el pastor usara. Ella dibujaba una nube cada vez que el predicador decía «cielo», una corona cada vez que mencionaba a «Dios», y una cruz cuando mencionaba a «Jesús». Más tarde, esa niña llegó a ser esposa de pastor y excelente maestra de Biblia.

Estas ideas te ayudarán a disfrutar mejor del culto divino y aprovecharás más el sermón. Mientras las uses, puede ser que te vengan a la mente otras ideas. El santuario de Dios, donde lo adoramos, no tiene que ser un edificio de cuatro paredes y un techo. Jesús se encontrará con nosotros dondequiera que dos o tres se reúnan en Su nombre (Mateo 18:20). Esto me recuerda el relato verídico de la vergüenza de un jefe de niños exploradores.

La Vergüenza de un Jefe de Exploradores

Lo que avergonzó al jefe una noche de caminata con los niños exploradores, me hubiera gustado que me hubiera pasado durante una caminata con los Conquistadores de mi Iglesia. Conozco a muchos consejeros de Conquistadores que les gustaría ser avergonzados de esa forma.

Los muchachos habían estado caminado por muchos kilómetros ese día hasta lo alto de una montaña, y el jefe, que no había estado lo suficientemente activo últimamente, encontró la caminata muy cansadora, aunque no quería admitirlo. Por lo tanto, se sintió muy contento cuando la caminata terminó y llegó el momento de levantar las tiendas de campaña.

También se sentía particularmente contento de que los muchachos parecieran tan cansados. «De ese modo se dormirán en seguida,» pensó. «Eso quiere decir que también yo podré dormirme en seguida». Él ayudó a los muchachos a levantar las tiendas de campaña y preparar la cena. Estaban demasiado cansados para una fogata y todo el mundo se acostó temprano.

«Esta noche no quisiera que alguien me molestara», pensaba el jefe de exploradores, muy contento, mientras se acomodaba para pasar la noche. Se estiró relajándose completamente y bostezó mientras sentía que dulce paz del sueño lo embargaba.

Los muchachos de ambos lados estaban quietos. «Probablemente ya estarán dormidos», pensó él. Los tendría que felicitar en la mañana siguiente por lo rápido que se habían dormido. Era un lindo grupo de muchachos. Realmente, era un placer hacer las cosas juntos.

Pero . . . ¿qué era eso? Seguramente sus oídos lo estaban engañando. Después de todas las lindas cosas que había pensado, seguramente los muchachos no estarían molestando. Levantó un poquito la cabeza para escuchar.

Sí, no se había equivocado. Era un murmullo de voces de muchachos que salía de una de las tiendas de campaña. Tendría que levantarse y pedir a los muchachos que se tranquilizaran.

No sintiéndose ni siquiera molesto, salió del saco de dormir y se dirigió a la tienda de campaña de donde salía el murmullo. ¿Qué se añadía a esa falta? ¡Los muchachos tenían la luz encendida! Tal comportamiento estaba completamente fuera de lugar. «Espérate hasta que los coja,» murmuró. «Les voy a decir dos o tres cosas!»

Caminó despacio y sin hacer ruido. Al llegar a la tienda de acampar, levantó la orilla con sus manos y se paró en seco. Se ruborizó, y tan silenciosamente como había llegado, dejó caer la orilla de la tienda y se regresó.

«¡Queridos muchachos!» murmuraba. «¡Pensar que los iba a regañar por hacer ruido!» Estaban todos arrodillados y orando con el jefe de la patrulla en el centro. «¡Caramba! ¡Yo sabía que eran buenos muchachos! ¡Me alegro que no me hayan visto!»

Más tarde se lo contó a su pastor. «Cuando recuerdo en lo que pensaba decirles,» le dijo, «se me sube la sangre a la cara. Pero lo que vi, me llenó de gozo el alma.» No, esos muchachos no eran Conquistadores, pero habían aprendido el verdadero significado de «andar con reverencia en la casa de Dios».

CONSERVAR UNA CANCIÓN EN EL CORAZÓN

La Mejor Herramienta del Diablo

El diablo estaba escaso de dinero, según cuenta relato, y decidió vender algunas de sus herramientas. Anunció el día en que se llevaría a cabo la venta. Sus ángeles malos volaron a todas partes llevando noticia. A la hora señalada, una multitud de clientes llegó al salón de venta.

En seguida se dieron cuenta que el demonio había puesto a la vista todas sus herramientas con sumo cuidado. Viendo la exposición, encontraron una herramienta pulida y brillante, con una etiqueta puesta que decía «Celos». A su lado en el mostrador estaba otra bastante parecida que se llamaba «Envidia» y al otro lado otra llamada «Codicia».

En otro estaba «Impureza» y «Apetito Desenfrenado». Había muchas herramientas juntas, y cada una tenía una etiqueta con su precio.

«¡Caballeros!» La multitud se calló mientras Satanás, de pie en una plataforma a un extremo del salón, se dirigió a los presentes. «Quiero que sepan que el precio marcado en las etiquetas es el precio inicial. Las herramientas serán vendidas al cliente que ofrezca más dinero sobre esa cifra.»

«¡Ay!» dijo uno de los presentes mientras se dirigía a su compañero. «¡Mira esto!» Una de las herramientas, afilada como una lanza, estaba sola sobre el mostrador. El nombre que tenía era «Desánimo», El precio es más alto que todas las demás herramientas, lo que había asombrado al cliente.

«Me pregunto por qué Satanás pide tanto por ésta.» Así que iba a investigar el motivo, pero en ese preciso momento comenzaba la subasta. Se vendieron todas las herramientas. Pero al final había quedado «Desánimo» sin venderse. Nadie la había comprado. Nadie había podido pagar su precio.

Por fin los dos visitantes pudieron hablar con el diablo. «Por qué usted cobra tanto por esa herramienta que parece tan sencilla?»

«Ah, sí,» los ojos del maligno brillaron con chispa maliciosa. «El “Desánimo” es mi herramienta más útil. Con ella puedo lograr que el más fuerte de los santos se doblee a mi voluntad.»

«Los santos creen que esa herramienta viene de Dios. Pero si yo puedo lograr que un hombre, una mujer, un niño o una niña empiecen a decir, “De qué me vale? ¿De qué vale guardar el sábado?” o, “¿por qué tener que ser

tan diferente? ¿De qué vale ser cristiano?”, puedo lograr que ellos hagan cualquier cosa que yo quiera.

«Puedo lograr que sean celosos, o egoístas o faltos de bondad. Puedo hacer que sean mentirosos o den rienda suelta al mal genio o desobedezcan a sus padres. Hasta puedo hacer que mientan y roben. Por eso, le fijé un precio tan alto a esa herramienta. Yo no quiero venderla.»

«No,» gruñó el demonio. Pero inmediatamente se puso pálido y tembló recostado a la pared detrás de la mesa, mientras aparecía un ángel brillante proveniente del cielo.

«Sí hay defensa contra esa herramienta malvada,» dijo el ángel. Levantando un brazo, la lanzó sobre la esquina más lejana del salón.

«¿Con qué golpeó usted esa herramienta?» preguntaron los visitantes.

El ángel abrió su mano. «Le di un golpe con la fe. Esta es la victoria que vence al mundo. Todo el que tenga fe en Dios un será vencido nunca por el desánimo.»

«Pero, ¿por qué la hizo usted añicos? ¿Puede el demonio recogerla y usarla de nuevo?»

«Sí,» dijo el ángel, «es verdad. Satanás podrá tentar a los santos hasta que Jesús venga. Pero cuando Jesús venga, el “Desánimo” será destruido junto con las demás obras del diablo. Entonces los que hayan vencido por la fe, heredarán la corona de gloria. Ellos cantarán los cánticos de Sion y reinarán con Cristo por toda la eternidad.»

¿Te has dado cuenta de lo difícil que es cantar cuando estás desanimado? ¿Te das cuenta de lo difícil que es desanimarte mientras estás cantando?

Por eso la Ley del Conquistador dice: «Conservar una canción en el corazón». De esa manera nunca te sentirás desanimado por el demonio. Los cristianos no son como los mulos, los verdaderos cristianos cantan mucho.

Por supuesto, no cantos populares. Esa clase de música viene directamente de Satanás. No todas las canciones que canta la gente deben ser cantadas por los cristianos. Satanás, el director del coro celestial antes de haber pecado, sabe muchísima música. Después de ser echado del cielo, corrompió la música, igual que hizo con todo lo bueno que Dios había hecho para nosotros. Así que, conserva una canción en el corazón, pero cerciórate de que sean una de las canciones de Dios.

¿Has oído del muchacho que se recostó a la cerca del corral y estuvo mirando a un mulo de cara larga? Finalmente dijo: «Debes ser un buen cristiano, porque luces triste todo el tiempo». Él no sabía a qué se parecían los verdaderos cristianos, porque los verdaderos cristianos son personas felices que muy a menudo muestran su felicidad por medio del canto. No hay nada como una buena canción para mantener una fe fuerte. Los cristianos deben estar llenos de buen ánimo, hasta en los peores tiempos, aunque estén en un barco que se está hundiendo.

¡Ánimo!

Era un día frío, y el cielo estaba gris. Sin que nadie pudiera evitarlo, el barco se estaba hundiendo, y todo el mundo se iba a ahogar. En ese momento, Pablo se puso de pie y dijo; «¡Ánimo! No se desanimen.»

¡No desanimarse! ¡De veras! Durante catorce días habían estado sacudidos por un viento violento que había atacado y sacudido el barco y había amenazado lanzarlo a la orilla llena de arena movediza, donde habrían sido sorbidos por los elementos y sometidos a una muerte lenta.

Ya había tirado por la borda toda la carga, todas las velas y la mayor parte de las sogas. Habían echado por la borda todas sus pertenencias personales y después de todo esto, Pablo se pone de pie y dice: «No se desanimen».

¿Cómo sería posible? Entonces él les explicó. Dios le había prometido que iba a librar de la muerte a todos los que iban en el barco (Hechos 27:22). Eso fue lo que sucedió exactamente. Ciertamente que el barco se hundió, pero todos los que iban a bordo llegaron sanos y salvos a la orilla, como Dios había dicho.

Dios está a cargo de nuestras vidas aun en las dificultades, y cuando Él está en control de ellas, tenemos el derecho de cantar y sentirnos felices. Por cierto que es tonto estar tristes o preocupados. Pablo cantaba cuando estuvo en el naufragio, cantaba cuando estaba en la cárcel y la espalda le sangraba y tenía los pies en el cepo.

Mientras él y Silas cantaban, hubo un terremoto y el encargado de la prisión fue convencido de sus pecados y fue bautizado esa misma noche con toda su familia. Nada podía impedir a Pablo que se sintiera contento.

En cierta ocasión, le llevaron a Cristo a un hombre tan parálítico que no podía moverse de la cama. Jesús le dijo: «Ten ánimo. . . tus pecados te son

perdonados» (Mateo 9:2). En otra ocasión Jesús dijo a Sus discípulos que pronto Se tendría que separar de ellos. Él sería azotado y crucificado. Ante los asombrados discípulos, Él les dijo: «Ánimo. En el mundo tendréis aflicción, mas confiad, Yo he vencido al mundo.»

Anteriormente, Él había hecho una lista de las pruebas y dificultades que vendrían sobre el mundo, especialmente en los últimos días. De nuevo les había dado a los discípulos la orden asombrosa de sentirse contentos. «Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca» (Lucas 21:28).

Así, aunque muchas personas piensan que esos adventistas son «la gente que no come carne», Dios nunca tuvo la intención de que fuera así. Él quiere que sean conocidos como la gente feliz, las personas que siempre están contentas en su interior.

¿Por qué debe ser así? Todo lo que nos sucede es parte del gran plan de Dios. Él nos cuida del peligro, perdona nuestros pecados, ha vencido al mundo, nuestra victoria está asegurada, y lo malo que pasa a nuestro alrededor es una prueba de que Su venida está cercana. ¡Pronto estaremos en el cielo!

Tenemos todos los motivos por los cuales ser las personas más felices del mundo. Así que ¡ánimo!, y mantengamos siempre una canción en el corazón.

TRABAJO PARA DIOS

¿Te Lo Ha Dicho Dios?

La anciana lucía su mejor sonrisa, la que ella reservaba especialmente para «los niños buenos».

«Y ahora, hijito, ¿qué vas a hacer cuando seas grande?» Me imagino que te lo han preguntado cien veces. ¿Te da vergüenza, te molestas y tartamudeas algo así como, «Yo no sé»?

Déjame decirte lo que debes decir. Puedes decir: «Todavía Dios no me ha indicado cuál será la obra de mi vida, pero cuando llegue el momento de saberlo, Él me lo dirá».

¿Te das cuenta? Así es como debe ser. Debemos dejar que sea Dios el que nos indique cuál será nuestra profesión en la vida.

Suponte que Alberto va hacia donde está la señora Ramírez, que vive al otro lado de la calle, y le dice: «Señora Ramírez, quisiera trabajar para usted todos domingos por la mañana. ¿Me daría usted trabajo?»

La señora Ramírez dice: «Alberto, ¿podrías hacer el trabajo? Me parece que todavía eres muy chiquito».

«Sí, yo podré hacerlo,» dice Alberto inflando pecho, «yo soy suficientemente fuerte.»

«Bien,» dice la señora Ramírez. «Te voy a dar trabajo. Ven a las nueve de la mañana el próximo domingo.»

«Gracias, señora Ramírez,» dice Alberto, y regresa corriendo a su casa. ¿Debería Alberto emplear el resto de la semana tratando de decidir qué trabajo hará para la señora Ramírez? ¿Debería decirse a sí mismo: cortaré la hierba o le arrancaré las hierbas malas?

¡Por supuesto que no! Alberto no dedicará un minuto a pensar en eso, porque la señora Ramírez le dirá lo que tendrá que hacer el próximo domingo. Ella le dará el trabajo, ella es la jefa y le tendrá que decir lo que tiene que hacer.

Cuando llegó el domingo, Alberto pensó que quizás lo que tendría que hacer era cortar el césped. Pero cuando tocó a la puerta un minuto antes de las nueve, la señora Ramírez le abrió y le dijo: «Alberto, aquí tienes la pala de mi esposo y quiero que me ayudes en la huerta atrás de la casa. Quiero que vayas abriendo los huecos en la tierra para yo sembrar las semillas». Alberto estuvo cavando huecos toda la mañana!

Cuando te dedicas a Dios, estás contratado por Dios, como le pasó a Alberto con la señora Ramírez. Por lo tanto, es Dios el que tiene que decirte lo que has de hacer. La señora Ramírez podría telefonar a Alberto el martes y decirle lo que ella quería que él hiciera al día siguiente, o podría llamar a Alberto el jueves o cualquier otro día de la semana. También podría esperar hasta las nueve de la mañana el domingo.

A veces Dios les dice a los niños o niñas bien temprano en sus vidas lo que Él quiere que hagan cuando sean grandes, pero no siempre lo hace. Él te lo podría haber dicho cuando tenías 7 años, o puede esperar hasta que tengas 17.

Quizás no te lo diga hasta que seas mucho mayor. Si tú le has dedicado tu vida, Él te lo dirá cuando Él lo crea conveniente, y te dirá muy claro lo que Él quiere que hagas. Por eso, cuando alguien te pregunte: «¿Qué vas a ser cuando seas grande?», será correcto y adecuado que le respondas: «todavía Dios no me ha dicho, pero cuando Él quiera que yo lo sepa, me dirá.»

Cómo lo Supo Jesús

Quizás te sorprenda cuando te diga esto, pero así fue como descubrió Jesús lo que sería la obra de Su vida. Si piensas que para el tiempo en que Jesús tenía 2 años, Él sabía que había venido al mundo para morir por los pecados de los hombres, ¡estás equivocado! Jesús no descubrió en realidad lo que sería la obra de Su vida hasta que cumplió los 12 años y fue a Jerusalén a participar de la fiesta de la Pascua, como era la costumbre en ese tiempo.

Antes de hacer el viaje, había estudiado cuidadosamente las Escrituras. No comprendía que Él era el Cordero que iba a ser inmolado por los pecados del mundo. Nota con cuidado lo que la señora de White escribió en el libro El Deseado de Todas las Gentes. En la visita de pascua, «Por primera vez el niño Jesús miraba el templo. Veía a los sacerdotes de albos vestidos cumplir su solemne ministerio. Contemplaba la sangrante víctima sobre el altar del sacrificio . . . Día tras día, veía más claramente Su significado. Todo acto parecía ligado con Su propia vida. Se despertaban nuevos impulsos en Él. Silencioso y absorto, parecía estar estudiando un gran problema. El misterio de Su misión se estaba revelando al Salvador» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 57 y 58).

Hasta ese momento la obra de Su vida no le era completamente clara, pero se estaba abriendo ante Sus ojos. Más tarde en Su vida, Jesús empleaba

noches enteras estudiando las Escrituras y orando, escuchando mientras Su Padre celestial le decía lo que debía hacer al siguiente día.

Del mismo modo, Dios abrirá la obra de tu vida delante de ti si le dedicas tu vida en tus años juveniles y le prometes hacer las cosas que Él quiera que hagas. Veamos cómo podría ser esto.

¿Cómo Nos Habla Dios?

Es fácil entender cómo la señora Ramírez le podía pedir a Alberto que le hiciera las cosas en su patio. Pero, ¿cómo saber tú cuando Dios te habla? Dios nos habla de varias maneras: mediante la Biblia, mediante impresiones, mediante nuestra conciencia, mediante oportunidades y mediante nuestros talentos.

Por supuesto, todos los jóvenes adventistas saben por la lectura de la Biblia que la gran obra que Dios quiere que hagamos es proclamar al mundo los mensajes de los tres ángeles. Pero, ¿cuál es la parte específica que te tocaría hacer a ti?

Una manera de empezar a descubrir lo que Dios quiere que hagas es haciendo una lista de tus talentos. ¿Para qué trabajo te sientes mejor preparado? Los talentos son como herramientas. Estudiando nuestros talentos, podremos tener una buena idea de lo que Dios quiere que hagamos.

En el relato de Alberto, cuando la señora Ramírez abrió la puerta y Alberto vio la pala que ella tenía en las manos, él se dio cuenta de que se trataba de cavar. Hubiera sido tonto que la señora Ramírez le hubiera dado la pala y luego le hubiera pedido que pintara el portal del frente! ¡Hubiera sido más tonto todavía que Alberto hubiera intentado pintar el portal del frente usando la pala!

Por eso, haz una lista de tus talentos. ¿Puedes ponerte de pie en el aula y dar un discursito? Quizás el Señor espera que seas un pastor o un maestro. ¿Puedes arreglar cosas que se rompen en la casa y hacerlas funcionar de nuevo? Quizás el Señor quiere que trabajes para Él como mecánico o ingeniero.

Cada institución adventista necesita por lo menos un hombre así para esta clase de trabajo, y la mayoría necesita más de uno. Quizás el Señor quiere que seas un impresor o trabajes en alguna casa publicadora. ¿Se te hace más fácil para hacer composiciones escritas? Quizás el Señor quiere que

seas autor o escritor. ¿Dibujas bien? Es posible que Dios quiera que te dediques a ilustrar los libros y las revistas. Quizás debieras ser un fotógrafo.

¿Te gustan los deportes? ¿Eres valiente? Puede ser que Dios quiera que vayas a alguna parte peligrosa de la tierra y le sirvas en ese lugar.

¿Es fácil completar las tareas de la escuela? Tal vez Dios te está diciendo que entres a una profesión a donde necesitas mucho estudio universitario, como el ministerio de ser maestro o médico o dentista. Tal vez quiere que seas la jefa de todas las enfermeras, con una certificación universitaria. Puede ser que quiera que seas un tesorero o editor.

Juan Glen, el astronauta, descubrió a una edad temprana que podía arreglar los carros en el garage de su papá. Tomó una clase de ingeniería y algunas lecciones de manejar un avión en la universidad. Descubrió que podía aprender cómo volar más fácilmente que los otros estudiantes. Más tarde, en la Guerra Coreana, el enemigo le dio a su avión siete diferentes veces. Se dio cuenta que su mente trabajaba tan rápido que siempre podía pensar en qué hacer para llegar a salvo a casa. Dios le había dado a Juan Glenn los talentos necesarios para que él fuera el primer estadounidense para girar el mundo en órbita. Entonces, empieza a alistar tus talentos.

Desarrolla tus talentos y sigue a Dios cuidadosamente, y tu vida será usada exactamente como Dios quiere.

No tienes que esperar hasta que crezcas para trabajar para Dios y hacer sus mandados. Hay tareas esperándote ahora mismo, en tu hogar y en tu escuela.

Un Poco de Ayuda

Estaba pasando cosas extrañas en la aula de Roberta. De vez en cuando, un estudiante se levantaba y salía de la clase. Después de casi 15 minutos, esa persona regresaba, le señalaba con la cabeza a otra persona, y esa persona se levantaba para salir. Aunque esa actividad le hubiera parecido extraño a cualquier persona visitando ese salón, era sencillo y apropiado para los que entendían.

Por varias semanas, el pastor de la iglesia había estado teniendo clases bautismales. Había terminado las clases y le había preguntado a los estudiantes si querían entregar sus corazones a Cristo y ser bautizados. Había escrito los nombres de todos que habían levantado la mano y les dijo que

llegaría a la escuela varias mañanas para hablar con los que estaban en su lista, uno por uno, en otro cuarto.

Ya casi había terminado el pastor. Roberta miró a su alrededor para asegurarse. Sabía que Jacob y Raquel no habían ido a ir a ver el pastor porque ya estaban bautizados. Jorge no había ido tampoco, pero él no planeaba hacerlo. De hecho, él se estaba burlando de la ocasión.

«Eso deja sólo Carolina – y yo,» pensó Roberta. «Yo no levanté la mano ese día y puede ser que el pastor no me llame, y quiero tanto ser bautizada.

Trató de regresar su atención a la lección, pero el Espíritu Santo le estaba hablando en ese momento y ella tuvo que escuchar.

Entonces, la maestra anunció que era tiempo del recreo. María salió con los demás estudiante, pero se veía tan triste que se acercó Patricia a ella y le preguntó lo que le pasaba.

«Quiero ser bautizada,» explicó María, «pero no lo podré hacer porque no di mi nombre.»

«Eso es fácil,» dijo Patricia. «Simplemente díselo.»

«No puedo,» dijo Roberta. «Tengo miedo.»

«Oh, no,» se rió Patricia suavemente. «¡No del pastor! ¿Por qué? Él es una buena persona.»

«Pero *sí* tengo miedo,» dijo Roberta y se vio tan preocupada y triste que Patricia la abrazó con una mano para animarla.

«Mira,» dijo Patricia, «yo voy contigo para hablarle al pastor. ¿Qué te parece? Voy ahora mismo y le pido permiso a la maestra. Entonces no tendrás que tener tanto miedo.»

«Muchas gracias, Patricia,» dijo María, mostrándose contenta por primera vez en esa mañana. Así que pocos minutos después del recreo, las dos niñas llegaron al pequeño salón donde yo estaba entrevistando a los menores que querían bautizarse. Eso explica también por qué María fue bautizada con los demás algunos sábados más tarde.

Patricia hizo la obra de Dios allí mismo en la escuela, con un resultado magnífico. Ahora, al terminar este libro en cuanto la Voto y la Ley del Conquistador, quiero que sueñes un poco. Sí, eso exactamente es lo que quiero decir.

¡Soñar!

Un muchacho estaba de pie a la orilla del mar, mirando hasta dónde le llegaba la vista en el horizonte. Mientras miraba, soñaba. Él se imaginaba que había un barco al frente, el primer barco que haría el viaje hasta la China. Estaba lleno de especias y ungüentos, oro y plata, y él era el capitán. Él era el hombre más rico del país y a donde quiera que iba, la gente lo saludaba y lo felicitaba por su valor.

Un día, ese muchacho llegó a ser el capitán de un barco que iba donde ningún capitán de barco jamás se había atrevido a ir antes, y recibió grandes honores por eso. Hubo mucho trabajo duro y muchas demoras y chascos entre el día en que Cristóbal soñaba en la playa y el día en que *La Niña*, *La Pinta*, y la *Santa María* salieron del puerto de palos en el 1492. Pero, podemos decir con toda seguridad que si Cristóbal Colón no hubiera soñado, él no hubiera descubierto América cuando se hizo hombre.

Espero que tú también sueñes. Los años de los 10 a los 15 son los años de soñar. Tú debes soñar. ¡Tienes que soñar! Sueña mucho, mucho acerca de lo que serás en los años venideros. Sueña con ser un pastor. Imagínate a la gente sentada frente a ti en el templo, escuchando silenciosamente mientras tú les cuentas del amor de Cristo y de Su pronta venida. Ellos irán a ti con sus problemas y tú los ayudarás a resolverlos. Imagínate sentado una noche conduciendo a un pecador al arrepentimiento. El pastorado es el más alto y más noble de todos los llamados y si Dios te invita a ser pastor, tendrás que trabajar mucho más que los demás hombres, pero recibirás la mejor recompensa.

Sueña con ser un maestro o una maestra, con estar frente a una clase de niños ansiosos, contándoles de las maravillas que Dios ha hecho en el mundo que los rodea. Sueña con ser un misionero o una misionera, que lleva el evangelio a lugares donde ningún cristiano ha predicado todavía. Sueña con ser enfermera o impresor o escritor o pintor.

Sueña con ser constructor, si eso es lo que más te interesa. Sueña con el día en que entres a una iglesia y puedas decir: «Aquí hay un pueblo que adora porque yo edificué este templo.» Sueña con el día en que pases por una escuela y veas a los niños estudiando adentro y puedas decir: «Ellos pueden estudiar porque yo edificué esa escuela. Yo puse los ladrillos» o «yo hice la instalación eléctrica» o «yo instalé el sistema de calefacción». La electricidad, la albañilería y la plomería, todos son valiosos trabajos cuando se dedican al Señor.

Si haces planes, haz planes en grande. Apunta alto. Puedes estar seguro de que Dios te ayudará a hacer cosas más importantes que tus mejores sueños. «El ideal que Dios tiene para Sus hijos está por encima del alcance del más elevado pensamiento humano» (La Educación, p. 16).

Por la gracia de Dios, no sólo guardarás el Voto y la Ley del Conquistador, sino que alcanzarás el glorioso alto ideal que Dios tiene para ti. Andarás por el sendero de la felicidad que conduce al cielo.

